

## LA PORTENTOSA AVENTURA DE FRAY FRANCISCO DE LA CRUZ, CARMELITA MORACHO (1585-1647)

### 1. Una reivindicación necesaria: sobre fray Francisco y su vida

Si no abundan en el tiempo figuras de relieve tan extraordinario como la del personaje que traemos hoy a las páginas de *Memoria de Mora*, menos son aún, para vergüenza nuestra, las que en sus respectivas patrias chicas han sufrido un olvido comparable. Porque lo cierto es que apenas si ha habido en Mora en los últimos años quien tuviera la más mínima noticia de fray Francisco de la Cruz, el carmelita moracho, del que nos hemos ya ocupado incidentalmente<sup>1</sup> y al que hoy queremos consagrar un artículo que repare en lo posible este desatino en el estudio del pasado de nuestra villa.

Los hermanos Fernández Pombo, a quienes tanto debemos en el conocimiento de tantos paisanos ilustres, se limitan en este caso a tomar de Jiménez de Gregorio lo que escribe: «carmelita calzado; peregrinó desde España hasta Jerusalén con una cruz al hombro, regresando de la misma forma»; y confiesan ignorar «a qué época corresponde». <sup>2</sup> Sin embargo, una vez recuperado el hilo —y hasta el ovillo, como tendremos ocasión de verificar—, resulta sorprendente la facilidad con que los morachos perdimos el rastro de fray Francisco, habida cuenta lo que en 1924 traía fray Florencio del Niño Jesús tras indicar el nacimiento en Mora del personaje: «En la iglesia parroquial de dicha villa se conserva un hermoso cuadro pintado al óleo que representa al venerable fray Francisco de rodillas y cargado con una grande cruz. A su lado se ve la Santísima Virgen con el Niño Jesús, el cual está colocando una corona de rosas sobre la cabeza del Venerable». Y agrega que en su casa natal, «sobre la puerta de la sala donde nació el siervo de Dios, hay colocada también una grande cruz, la cual, según tradición de aquel pueblo, fue llevada allí por un mendigo, que desapareció después de haber dicho estas palabras: *Aquí naciste, fray Francisco de la Cruz*. La familia, en memoria de

<sup>1</sup> En nuestra [Biblioteca](#), así como en un apunte de [Mora en varios testimonios de viajeros \(1499-1913\) y en las Relaciones de Tomás López \(1783\)](#), p. 12, nota 42.

<sup>2</sup> Rafael y Alejandro Fernández Pombo, *Hijos ilustres de Mora*, Mora, Ayuntamiento, 1995, p. 12; Fernando Jiménez de Gregorio, *Los pueblos de la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII. Población, sociedad, economía e historia*, Toledo, Editorial Católica Toledana, 1962. Vol. I, p. 490.

este caso extraordinario, puso la cruz sobre la puerta, y allí se conserva hasta el día de hoy» (que para nosotros, lamentablemente, es el de ayer). Mayor interés encierra aún la nota que acompaña: «Estas noticias se las debemos a nuestro buen amigo P. Gabino Montoro, presidente que fue del Hospicio Franciscano de San Juan de Acre, y actualmente procurador de la custodia de Tierra Santa. El P. Gabino es natural de Mora, y ha oído mil veces las tradiciones que corren allí de boca en boca sobre el venerable Fr. Francisco de la Cruz (Carta del P. Gabino al autor, fechada en San Juan de Acre a 9 de octubre de 1913, y dirigida al Monte Carmelo)». Hasta aquí la nota de fray Florencio, que no deja lugar a dudas acerca del conocimiento que por entonces se tenía en Mora de nuestro fray Francisco.<sup>3</sup>

Un conocimiento que venía de mucho antes, claro está. Para el párroco don Antonio Martín López Díaz (quien informa a Tomás López en sus *Relaciones* en 1783), fray Francisco de la Cruz es el primero de los morachos insignes citado por su nombre, primacía que desde luego no obedece al azar: «Fueron naturales de esta villa los venerables fray Francisco de la Cruz, religioso carmelita calzado, quien desde España peregrinó con una cruz al hombro hasta la Tierra Santa, visitó todos los Santos Lugares y volvió de la misma manera, sufriendo con heroica paciencia los trabajos y ultrajes que pueden ocurrirse de un empeño tan asombroso...».<sup>4</sup>

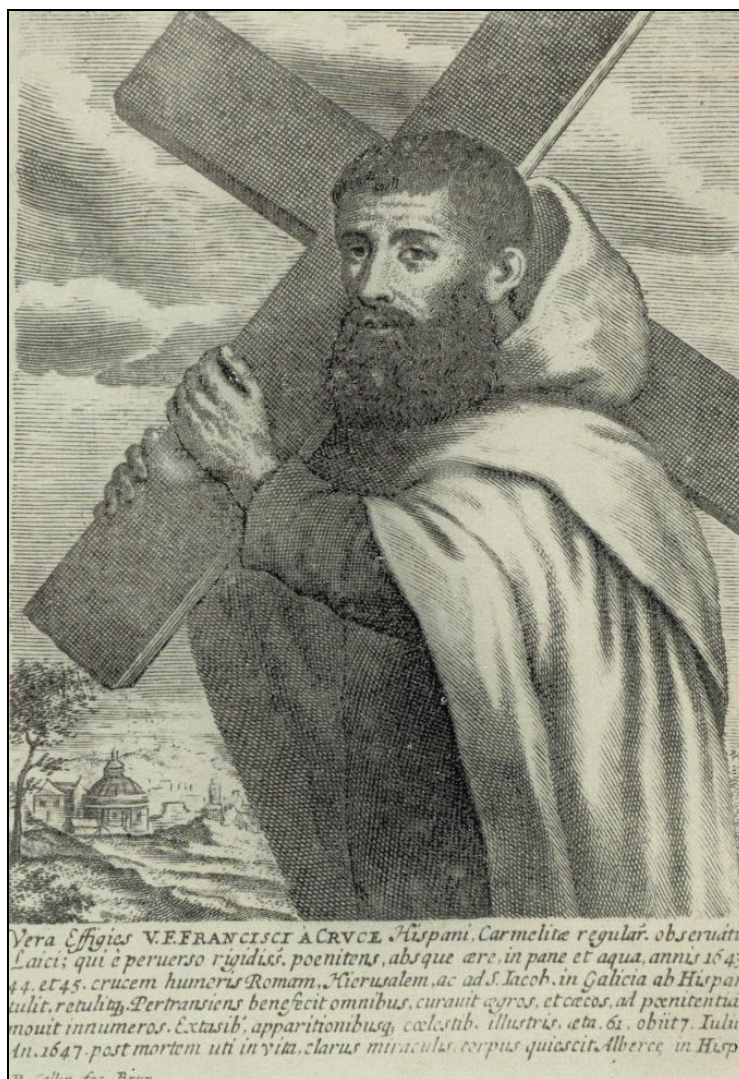
2

Asombroso es, en efecto, como quizá ya sabemos y como veremos con detalle. Tan asombroso como para dudar de su existencia: ¿se tratará tal vez de una patraña tramada por la orden carmelita para prestigiarse?; ¿de un piadoso engaño forjado por la Iglesia para la propagación de la fe?; ¿de una leyenda urdida para pasto fácil de almas crédulas? La respuesta es categórica: sin entrar en los hechos milagrosos que se le atribuyen, la vida, la obra y las empresas de fray Francisco son históricamente ciertas y

<sup>3</sup> Florencio del Niño Jesús, *El Monte Carmelo. Tradiciones e historia de la Santa Montaña, de la Virgen del Carmen y de la Orden Carmelitana a través de los monumentos y documentos*, Madrid, Mensajero de Santa Teresa, 1924, p. 349. El informante en cuestión es el padre franciscano fray Gabino Martín Montoro (Mora, 1879-1964), y en cuanto a la tradición, la hemos perdido irremisiblemente, así como la ubicación de la cruz, y con ella la situación misma de la casa en que nació fray Francisco. Hechas algunas pesquisas (para las que hemos acudido sucesivamente a nuestros queridos amigos Dionisio Díaz-Toledo e Isabelo de la Cruz), y al margen de la que aún se conserva en la fachada de la iglesia parroquial que da a la plaza de la Constitución, no hemos documentado más que otras dos cruces exteriores, ya desaparecidas: la de la casa que fue de don Aurelio Cabeza, en su muro de la calle del Villar (hoy avenida del Olivo), donde esta vía se ensancha a la vuelta de la calle de la Azucena (precisamente junto al templete del también desaparecido monumento a la cruz que muchos conocimos); y la que daba acceso, en la calle de Santa Lucía, al corral de la casa que fue de don Raimundo Maestro-Muñoz, que tenía su entrada principal por la calle Honda (hoy de D<sup>a</sup> María Martín Maestro). ¿Corresponde alguna de ellas a la del lugar donde nació fray Francisco? Quién sabe. También perdimos, ay dolor (seguramente en la Guerra Civil), el óleo aludido, sobre el que volveremos.

<sup>4</sup> Hemos transcrito el informe completo, con abundantes anotaciones, en [Mora en varios testimonios de viajeros \(1499-1913\) y en las Relaciones de Tomás López \(1783\)](#), pp. 7-14.

se hallan bien documentadas y contrastadas a partir de fuentes rigurosas, que proceden tanto de los actores mismos como de quienes vivieron los hechos o tuvieron noticia de ellos. Lo que no estará de más considerar antes de entrar en materia.



### 1. Fray Francisco de la Cruz

(Jacobus a Passione Domini, *De Stralen van de Sonne van den H. Vader en Propheet Elias...*, Luyck, Hendrick Hoyoux, 1684)

La fuente principal de la biografía de fray Francisco es la obra de Sebastián Muñoz Suárez, dada a la estampa solo veinte años después de la muerte del carmelita moracho.<sup>5</sup> Su autor conoció al personaje, asistió a su llegada a Madrid, recogió diversos testimonios de primera mano, y sobre todo dispuso de la documentación reunida por su propio hermano, fray Luis Muñoz, a partir de escritos varios conservados en el archivo de la orden carmelita. Sus palabras despejan cualquier duda sobre el particular:

<sup>5</sup> [Sebastián Muñoz Suárez, \*Vida del Venerable Siervo de Dios Fr. Francisco de la Cruz, religioso de vida activa del Orden de N. Señora del Carmen...\*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1667.](#) Esta obra ha sido digitalizada recientemente (2011) en [Google Books](#).

De la suerte que en las vidas de los varones ilustres en santidad se debe atender a la seguridad de las proposiciones, se debe también atender a la credulidad del lector, y en la del siervo de Dios fray Francisco de la Cruz principalmente, porque la gobernó el Señor con sucesos extraordinarios, prodigiosos y sobrenaturales, con que ha parecido dar prendas de esta verdad, las cuales tienen el seguro en todo lo que puede afianzar la razón humana, porque todas las partes que constituyen esta obra nacen de testigos o instrumentos, y estos con tales calidades como las que pueden influir breves pontificios, cédulas reales, el sentir común de una religión [‘orden religiosa’] de tantos créditos, licencias de prelados, testimonios auténticos de personas públicas constituidas para poder certificarlos, así en los Sagrados Lugares de Jerusalén y Monte Carmelo como en Roma y Santiago de Galicia, con los pasaportes en los idiomas latino, español, francés y toscano; las observaciones a la vida de este siervo de Dios hasta que salió a peregrinación y después a su dichosa muerte por su confesor y prelado el padre fray Juan de Herrera, y también la que escribió él mismo por obediencia de sus superiores: la secular con algún estilo, y, en apuntamientos, las maravillosas visiones y locuciones con que fue favorecido del cielo; las apariciones que tuvo en la Francia; las deposiciones de religiosos que fueron sus compañeros, y lo que en catorce cuadernos escribió el padre fray Luis Muñoz, mi hermano, procurador general de la provincia de Castilla, del orden de Nuestra Señora del Carmen, en que se ocupó dieciocho años. Con estos instrumentos se ha formado este libro, los cuales me entregó la religión [‘la orden’, aquí carmelita] por mano del padre misionero fray Francisco Galindo, a quien los volví para que se tornen a incorporar en el Archivo; y así, con esta prevención, puede el lector entrar con quieto ánimo, pues tiene por sí lo que puede dar la certeza humana.<sup>6</sup>

Sobre ello insistirá más adelante, en pasaje que refuerza aún la veracidad del relato cuando sabemos que fray Luis Muñoz había sido el acompañante asignado a fray Francisco en Madrid, tras su viaje a Tierra Santa, con el fin de «pedir limosnas para hacer guarnición de plata a la santa cruz para su adorno y defensa», sobre lo que escribe:

Diósele por compañero al padre fray Luis Muñoz, que fue hacerle un favor muy singular, por la verdadera amistad que se tenían; lo cual no careció de providencia, porque quiso Nuestro Señor hacerle testigo de vista de algunas maravillas que obró por su siervo, que, junto con el afecto que siempre ha tenido a su memoria venerable, ha sido la parte principal para que este libro se pueda conseguir, debiéndose a su cuidado el recoger noticias de los prelados y confesores que tuvo, de los religiosos que fueron sus compañeros en diferentes tiempos, de las provincias por donde hizo su peregrinación, y de la aplicación del que escribe este libro a su composición, que por las instancias del dicho padre fray Luis Muñoz, su hermano, ha cargado sobre fuerzas débiles peso desproporcionado (MS 193-194).

---

<sup>6</sup> Muñoz Suárez, «Prevención al que leyere este libro», pp. 15-16. Para evitar enojosas reiteraciones y ahorrar notas a pie de página, las numerosas referencias de la obra de Muñoz Suárez se indicarán en el texto entre paréntesis con las siglas MS seguidas del número de página, siempre por la edición de 1898 (véase nuestro apartado final de Bibliografía). Por lo demás, modernizamos la ortografía y puntuación de los textos de época que reproducimos, si bien conservamos a veces algunos usos de las mayúsculas propios de los originales respectivos.

La validez del libro original se incrementa aún en su segunda edición, de 1688, en la que el padre fray Marcelino Fernández de Quirós introdujo algunas enmiendas y adiciones basadas en nuevos documentos y testimonios que detalla oportunamente.<sup>7</sup>

Ya cerca de nuestros días, amén de las obras de diversos estudiosos del Carmelo que han dado razón de la vida y hechos de uno de sus hermanos más memorables, contamos con varios valiosos trabajos del también religioso carmelita Pablo María Garrido, en los que, además de contextualizar, estudiar y evaluar el alcance de la labor de fray Francisco de la Cruz, ha dado a conocer diversos documentos inéditos de y sobre él, entre los que destacaremos los apuntes biográficos debidos a su confesor fray Juan de Herrera, así como algunos textos autógrafos del carmelita moracho: una relación de los beneficios recibidos de Dios precedida por una nota autógrafa de fray Vincenzo Giusti, que fue su confesor en Roma al regreso de Tierra Santa (mayo de 1643); una carta al mismo Giusti escrita desde Montpellier en su camino de regreso (19 de diciembre de 1645), y dos más a fray Juan Bautista de Lezana, en la ida (16 de agosto de 1643) y tras la vuelta (22 de agosto de 1646), respectivamente.

Disculpe el lector tanta minucia, que creemos necesaria para dejar bien sentado que no nos hallamos ante ninguna invención, ni siquiera ante hechos abultados o deformados por la piedad o el interés, sino ante acontecimientos documentados punto por punto. Y es que la aventura humana de este moracho resulta tan colosal que se sitúa ciertamente en las fronteras de lo increíble.

## 2. De Mora al convento

En Mora —«patria fértil de hijos que han adornado muchas religiones», en palabras de su biógrafo (MS 21)—, y como Francisco Sánchez Hernández, nació el 28 de diciembre de 1585 quien más tarde profesaría con el nombre de fray Francisco de la Cruz,<sup>8</sup> y en la iglesia parroquial de la villa recibió las aguas bautismales el 3 de enero de 1586. Fue hijo legítimo de Bartolomé Sánchez, portugués de nación, y de María Hernández, natural de Alcobendas, ambos cristianos viejos, hidalgos y padres de otros hijos de los que no sabemos sino que murieron temprano, desdicha esta a la que pronto los

---

<sup>7</sup> Sebastián Muñoz Suárez, *Vida del Venerable Siervo de Dios Fr. Francisco de la Cruz...* Adicionada por el M.R.P.M. Fr. Marcelino Fernández de Quirós..., Madrid, Imprenta Real, 1688. Da cuenta de sus principales correcciones y adiciones en las «Nuevas advertencias» (pp. 16-19) que inserta en los preliminares.

<sup>8</sup> No debe ser confundido nuestro personaje con otros varios frailes del mismo nombre en los siglos XVI-XVII, entre los que hemos documentado al menos un carmelita descalzo, un dominico, un agustino y un franciscano.

cónyuges, «ricos en sus principios»,<sup>9</sup> hubieron de añadir la de la pobreza extrema en que quedó sumida la familia: «Y como había de ser verdadero pobre evangélico, quiso la Majestad divina fuesen ya muy pobres sus padres, y tanto que lo llegaron a ser de solemnidad, por limosnas que hacía el padre, y más principalmente por fianzas con que perdió su hacienda, como experimentan muchos».

Son escasas las noticias que nos han llegado de su niñez y juventud, ya que proceden directa o indirectamente de un fray Francisco viejo, tan parco como humilde, compelido por sus superiores a contar sucesos de un pasado del que el entonces venerable siervo de Dios se hallaba muy lejos en todos los sentidos. Poco sabemos, en consecuencia, de sus primeros años, ni siquiera cuándo marchó de Mora la familia. Pero debió de ser pronto, pues en 1589 ya había pasado a Toledo, donde su biógrafo sitúa un primer episodio profético que subrayan otros estudiosos: «Por esta edad, estando su madre en Toledo y a la puerta de su casa con el niño, llegó a ella un peregrino, y mirando con demostraciones de admiración a Francisco, la dijo que tuviese particular cuidado con él, porque a aquel niño le esperaban raros sucesos y grandes peligros de agua, y que advirtiese que lo que la decía importaba mucho al servicio de Nuestro Señor» (MS 23).<sup>10</sup> Fue también su madre quien le inculcó la devoción religiosa, antes de morir tempranamente, cuando Francisco no pasaba de los cinco años.

Poco después encontramos a padre e hijo en Villamuelas, donde aquel casó en segundas nupcias y empleó al mozo como ayuda para acarrear cargas de retama a Tembleque. De natural robusto, era atrevido y buen trabajador, «pero de entendimiento tan rústico, que parecía incapaz de pulimento y cultura» (MS 26). No obstante, sentía la pasión de aprender, hasta el punto de que la negativa de su progenitor, que le necesitaba para remedio de su pobreza, no arredró a Francisco, quien le dijo resuelto «que él quería trabajar todo el día para el sustento de su padre, y que de noche aprendería a leer y escribir». Y así lo hizo, y sus arrestos pudieron con todo: «porque con mala disposición, con repugnancia de su padre, con falta de tiempo, con corto entendimiento y casi sin maestro, se halló en breves días que sabía leer, escribir y contar» (MS 26).

Son tiempos agitados para un joven tan temerario que, puesto preso su padre, se aprestará a liberarlo por la fuerza escalando la cárcel y rompiendo las prisiones del

---

<sup>9</sup> «Reseña biográfica de Fr. Francisco de la Cruz, hecha por su confesor el padre Fr. Juan de Herrera», en Pablo María Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz (1585-1647): escritos inéditos y documentos relativos al mismo», *Carmelus*, 31 (1984), pp. 171-208. La cita, como también la que sigue inmediatamente, en p. 183.

<sup>10</sup> Véase asimismo Simón María Besalduch, *Flos Sanctorum del Carmelo. Cien vidas selectas de santos, beatos, venerables y siervos de Dios carmelitas*, Barcelona, Luis Gili, 1951, pp. 613-621 (p. 614).

recluido. Ambos dan en La Puebla de Montalbán, donde pudieron comprar dos pollos y dedicarse a trajinar mercaderías de acá para allá, pero fue ahora Francisco quien acabó encarcelado en Oropesa a resultas de un mal negocio, tras de lo cual, en uno de sus viajes como arriero, esta vez a Navalmoral, perdió al juego todo su dinero. Por entonces padre e hijo residen en Sonseca, y a continuación hallamos a Francisco sucesivamente enfermo grave en Orgaz y sirviendo a un sacerdote en Yepes. Decidido luego a hacer la siega en Castilla la Vieja, no atenderá a los requerimientos de un padre que se resistía a la partida de Francisco haciéndole ver el desamparo en que él, ya viejo, iba a quedar. Pero fue inútil: Francisco marchó a Burgos y su padre a Toledo, donde murió pronto. Esto ocurría hacia 1607.

En los años siguientes le encontramos sucesivamente en Madrid, Vallecas, Navalcarnero, Madrid de nuevo, Cuenca y Lucena; y en los más diversos oficios, entre ellos los de criado de los carmelitas fray Vicente del Castillo y fray Antonio Pérez, provincial de la orden. Empleos efímeros, algunas disputas, huidas de mujeres que le acechaban..., parece que es en 1613 cuando un sueño, según Muñoz Suárez, le determina a volver a Madrid y dirigirse al convento del Carmen, donde entra como fámulo a servir a fray Juan Maello (que había sido discípulo y amigo de santa Teresa de Jesús). «Fue este religioso conocidamente el instrumento que tomó Nuestro Señor —escribe su biógrafo— para la conversión de Francisco; y se puede decir que fue hijo de su espera, y de su paciencia, porque cada día se le sacaba el demonio, y cada día le volvía a recibir, hasta que por los rodeos que se verán, vencidos los peligros del mundo, logró las seguridades de la religión» (MS 38).

Pero el carácter «voluntarioso», caprichoso, tornadizo de Francisco le empujará, en 1615, a marchar del convento y volver a su oficio de arriero, en el que tampoco durará demasiado, pues no tardó en acogerse de nuevo al padre Maello y parece que a ir aficionándose al hábito del Carmen y a comenzar a domar su voluntad atento a las pláticas y el ejemplo de los frailes. Tan es así, que cuando el padre Maello le proporcione casamiento con una feligresa, él parece decidido a entrar en religión: «se determinó de ir al convento de la Victoria de Madrid a pedir el santo hábito de san Francisco de Paula, pareciéndole sería fácil conseguir este bien en aquella sagrada religión, porque en ella no se sabía que él había desestimado el estado religioso y porque allí había muchos sujetos de Mora, su patria, que tenían mano en el gobierno [de la orden], y conociendo su calidad y sus buenos deseos le ampararían para que consiguiese la dicha de ser admitido en tan santa y ejemplar familia» (MS 46).

Lo que tampoco cumplió. Cuatro meses pasó sirviendo en Atocha a fray Domingo de Mendoza, de la orden de Predicadores, hasta que oyó una voz durante tres noches seguidas (*Francisco, Francisco, Francisco, date prisa, date prisa, date prisa*), que interpretó que le urgía a hacerse fraile. Acudió a los padres mínimos, luego a los carmelitas descalzos, a los cartujos, a los franciscanos, y en todas partes oyó la voz, que ahora le decía: *No es aquí*. Finalmente pidió en Alcalá de Henares el hábito del Carmen, y allí fue recibido el 2 de febrero de 1617. Pero después de diez meses, y de un comportamiento excelente, volvió a oír la voz: *Francisco, no es aquí*. Esta vez ya había tomado el hábito, mas lo cierto es que comenzó entonces a perder la estimación que se había ganado, hasta que fue expulsado del convento al año siguiente.

Otra vez en Madrid, resulta herido de una pedrada en la puerta de Alcalá cuando intentaba poner paz en una disputa entre unos aguadores. Fue recogido casualmente por el padre Maello, que había salido a hacer ejercicio, quien le hizo curar y lo llevó al convento del Carmen. Pero un mes después, ya restablecido, marchó de la corte: «anduvo por algunos lugares, hasta que llegó el tiempo de la siega, y en ella adquirió setecientos reales», que dio a un hombre en situación de extrema necesidad. Se trasladó a Villamuelas a casa de un pariente, y luego a Ocaña y a Cuéllar, «pareciéndole que sería bueno volver a trajinar» (MS 56).

No obstante, al poco se halló pobre y desvalido como antes, y decidió acogerse de nuevo al padre Maello y a los religiosos del convento del Carmen de Madrid. Determinó acudir al rey para que fuese su valedor, y llegando a palacio se echó a los pies de un caballero rogándole le amparase para ser recibido por lego en el convento del Carmen. Así lo hizo este y se entrevistó con el padre provincial, quien le dijo que en esa casa todos querían a Francisco, y refiriéndose al episodio pasado: «en el convento de Alcalá tuvo nuestro santo hábito por diez meses, pero al fin de ellos todos los religiosos se hallaban disgustados con él por causa de que era puerco y tonto, y yo, por concurrir a su dictamen, le mandé quitar el hábito» (MS 59). Ante la insistencia del caballero, en el sentido de que no importaban aquellos defectos para las ocupaciones que pudiera desempeñar, y consultado el padre Maello, decidió enviarle a un «convento en que haya labranza» (MS 59), que fue el de Santa Ana de La Alberca (hoy La Alberca de Záncara), en la provincia de Cuenca. El padre Maello consiguió limosnas para pagarle los hábitos y el viaje, y dos días después marchó feliz a su destino. En día y medio recorrió las 21 leguas desde Madrid:<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Esto es, 117 kilómetros. La legua castellana —téngalo en cuenta el lector para las próximas referencias en esta unidad de medida— equivalía a 5.572,7 metros.



Llegó a vista del convento, donde está una santa cruz que dista de él dos tiros de piedra, y estando adorándola, hincado de rodillas y abrazado con ella, oyó la misma voz que en otras ocasiones le había hablado, que le dijo: *Francisco, aquí es*; y su alma al mismo tiempo se halló con un consuelo interior tal, que parecía que se le habían cubierto de suma alegría, y después solía decir que en su vida no había sabido qué cosa era gozo cabal sino en aquella ocasión. [...] entró en el convento, y después de hecha oración al Santísimo Sacramento, dio su carta al padre prior, y él y los religiosos le recibieron con tanto amor y agrado como si cada uno hubiera hecho pretensión de que recibiese allí el santo hábito (MS 62).



2. Exterior del convento de Santa Ana de La Alberca de Záncara en la actualidad

(<http://alberca.cuencamagica.com/fotos.php>)

En efecto, aquí recibió el hábito el Viernes Santo de 1619, día 29 de marzo, y tras un noviciado ejemplar en obediencia, humildad, mortificación y misericordia, profesó el 29 de mayo de 1620 tomando el nombre de fray Francisco de la Cruz. Llegaba así su estabilidad, después de una existencia verdaderamente ajetreada, dispersa y por momentos hasta calamitosa, «como si Dios hubiera querido prepararlo paso a paso para la gran misión a la que le destinaba».<sup>12</sup> Ahora llevará una vida edificante, cuidando de la hacienda del campo, asistiendo a los enfermos y saliendo a pedir limosna para el

<sup>12</sup> Pablo María Garrido, «Un pellegrino della croce nel sec. XVII: Frate Francisco de la Cruz, carmelitano (1585-1647)», en *La Sapienza della Croce oggi. Atti del Congresso Internazionale. Roma, 13-18 ottobre 1975*, Leuman-Torino, Elle di Ci, 1976, 3 vols. Vol. II, pp. 239-250 (p. 241, que traducimos).

convento, que era muy pobre. Más aún: «Como era de natural tan robusto —escribe su biógrafo—, no solo cumplía con lo que la obediencia le mandaba, sino también con lo que a sus compañeros era más trabajoso; y lo que empezó a ejecutar por esfuerzo y buen natural, después lo convirtió en virtud heroica» (MS 68).

Trascendental resultó el hecho de que a principios de 1624 tomase como confesor a fray Juan de Herrera, que había sido discípulo directo de fray Miguel de la Fuente.<sup>13</sup> Fray Francisco le pidió que le instruyese en la oración mental, a lo que Herrera se resistía por la mucha rudeza del hermano lego. No obstante, su aplicación y persistencia le hizo progresar al cabo de seis meses, y a fray Juan aplicar con fray Francisco lo aprendido con su maestro: «y todo se lograba, porque la tierra era fértil, la disposición a propósito y Dios Nuestro Señor quien daba el incremento» (MS 73). A partir de 1626 se ocupaba en la oración desde las nueve de la noche hasta el amanecer.

También progresa en la virtud. Pidió a Herrera que le permitiese ayunar cinco cuarentenas seguidas —casi siete meses— en memoria y agradecimiento de los cinco beneficios principales de Dios: creación, redención, vocación, justificación y glorificación; lo que llevó a cabo. Desde entonces ayunará según la instrucción siguiente:

Desde la Cruz de Septiembre hasta el Adviento se ha de ayunar a pan y agua miércoles, viernes y sábado; los demás días, abstinencia de carne [...]. El Adviento se ha de ayunar a pan y agua todo él; y los viernes, abstinencia de comida y bebida, hasta el sábado a mediodía inclusive. Desde la Pascua hasta los Reyes se puede comer carne. Desde los Reyes a Cuaresma, abstinencia de carne los lunes, martes y jueves, por esta razón; y los miércoles, viernes y sábados, por la regla del Carmen. La Cuaresma toda se ha de ayunar a pan y agua; y los viernes de ella, abstinencia de toda comida y bebida hasta el sábado, como está dicho. En el lunes, miércoles y viernes, mortificaciones particulares, además de las que tiene la religión ['la orden']. El lunes, mortificación de los ojos, no levantándolos a mirar cosa alguna. El miércoles, guardar dos horas de silencio en el día, fuera del tiempo de la oración. El viernes, desde la hora de sexta a la hora de nona, traer en la boca alguna cosa desapacible o amarga, como es genciana, gordolobo o acíbar. Desde la Pascua hasta la Cruz de Mayo se puede comer carne; y desde este día, volver a empezar las cinco cuarentenas con la aplicación referida (MS 81-82).

Fruto de su ejercicio fue el pedir continuamente a Jesucristo que le concediese tres virtudes: caridad, mortificación y oración. A ellas se aplicó con celo: «Traía por cilicio una cadena de hierro de 12 libras de peso, y por más de 17 años ayunó a pan y agua; solo los domingos comía unas yerbas».<sup>14</sup> Lo que no le impedía una intensa actividad,

<sup>13</sup> Fray Miguel de la Fuente (1573-1625) es uno de los principales místicos carmelitas, junto a san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús y fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

<sup>14</sup> Herrera, «Reseña biográfica...», p. 186. El peso referido vendría a ser de algo más de cinco kilos y medio, pues la libra castellana (téngalo en cuenta el lector en adelante) equivalía a 460,0093 gramos.

anota Muñoz Suárez («siempre estaba trabajando en las ocupaciones del convento, ya en la labranza, ya caminando, porque era el único limosnero, en los lugares del contorno, de su convento», MS 85-90, aquí y a continuación), quien agrega que caminaba «siempre a pie, sin alforjas y sin alzarse los hábitos y sin comer jamás hasta llegar a la posada; y siendo esto así, era cosa maravillosa ver con la ligereza y presteza con que caminaba, ya fuese de noche, ya hiciese mal tiempo, en lo cual jamás reparaba, porque todo su reparo era de huir todos los modos de alivio y conveniencia; [...] decía él mismo que el comer le estorbaba para caminar; y era así que cierto día caminó nueve leguas sin cesar, ni comer en todo el día un bocado; y el día siguiente, que era domingo, comió algo y no pudo andar más de cuatro leguas trabajosamente, según se halló de pesado». Por lo demás, «él limpiaba las celdas de todos, las cocinas, las caballerizas y hasta los lugares inmundos», y cuando pedía limosna, en las casas donde le hospedaban fregaba los platos y limpiaba las cocinas, y cuando le reprendían decía que él no valía para otra cosa y que no era bueno estar ocioso.

Conocemos bastantes pormenores de su extremado ascetismo. Su cama «era el duro suelo, y aun este le sobraba, porque no sabemos cuándo dormía el que todo el día estaba trabajando y toda la noche en oración y ejercicios de penitencia»; su vestido, el hábito, pero nótese: «en teniendo un hábito nuevo, luego lo trocaba por el más roto del convento; y como en los lugares donde pedía limosna le querían tanto, le solían vestir, y para que se pusiese alguna cosa nueva se la hacían sin que lo supiese, y le quitaban la que traía y la ponían en su lugar, con que le instaban a que se la vistiese; pero en yendo al convento, luego la volvía a trocar, y siempre era con condición de que el padre prior lo permitiese». Su obediencia no tenía límites, como percibimos en algunas de las anécdotas y episodios que narra su biógrafo, y tampoco su pobreza: «Fue pobre verdaderamente evangélico; nunca tuvo más de lo que vestía, menos dos túnicas interiores que, como cosa tan precisa, suplen por una; nunca tomó dinero que le diesen, o por limosna personal o en otra manera, sino en caso que la obediencia le mandase ir a alguna cobranza, que luego en viniendo lo entregaba al prelado sin que entrase en su celda, o llevándolo a los pobres de la cárcel, para quien solía pedir». Y en cuanto a su castidad, «el padre fray Juan de Herrera, su confesor, en los apuntamientos que escribió de la vida de este venerable siervo de Dios hasta que empezó su peregrinación, dice que, en veintidós años y medio que le confesó, nunca hizo materia de cosa que desdijese de la castidad, ni en mucho, ni en poco». Y ello a pesar de haber tenido varias solicitudes de mujeres deshonestas, como leemos en Muñoz Suárez.

### 3. Sus fundaciones

La actividad de este humildísimo hermano lego, por sorprendente que pueda parecer, se ejerció también en la fundación de congregaciones «para reformatión de las malas costumbres, para ejercicio de las virtudes y obras de misericordia, para mortificación de los apetitos desordenados y, finalmente, para exaltación de la santa fe católica y enseñar la sagrada doctrina cristiana»,<sup>15</sup> que hizo al menos en once de «los mejores lugares de la Mancha», como escribe el propio fray Francisco en carta a fray Juan Bautista de Lezana en agosto de 1643;<sup>16</sup> lo que no admite dudas cuando conocemos que se ha conservado el original de la licencia que para la congregación de Tembleque otorgó en Consuegra el 19 de febrero de 1639 el doctor Fernández Malpartida, visitador y vicario general de los Prioratos de San Juan, así como el de la aprobación de las constituciones de la congregación, que dio en Alcázar el 27 de febrero de 1640 el licenciado Martín Izquierdo.<sup>17</sup>

Asimismo fundó altares, que llamó de la Santa Fe Católica, «en la Alberca, Villarrobledo, San Clemente, Tembleque, Argamasilla, Alcázar de San Juan, Madridejos, Campo de Quintana [*sic*, por *Criptana*], Toledo y otras partes» (MS 93), de entre los que ha quedado constancia documental del alzado en Villargordo, hoy Villalgordo del Marquesado (Cuenca).<sup>18</sup>

12

Y es que la fe se convertirá en el eje de las preocupaciones espirituales de fray Francisco. «Por muchos años y a todas horas —escribe Muñoz Suárez— traía nuestro siervo de Dios siempre al oído una voz que le decía: *Fe, Fe, Fe*; de donde le resultó el que en todo lo que escribía siempre empezaba: *Enalzada sea la Santa Fe Católica*; y en sus pláticas esta era la última salutación ordinaria, por cuya intención aplicaba sus oraciones y penitencias, y todo lo acomodaba a este fin, pareciéndole (y con razón) que en esto consistía el mayor bien» (MS 92). Asimismo, con mentalidad entonces innovadora, daba a la Virgen el título de Nuestra Señora de la Fe. Y hasta creó un emblema sobre esta virtud que fue aprobado por el rey el 6 de julio de 1637.<sup>19</sup>

---

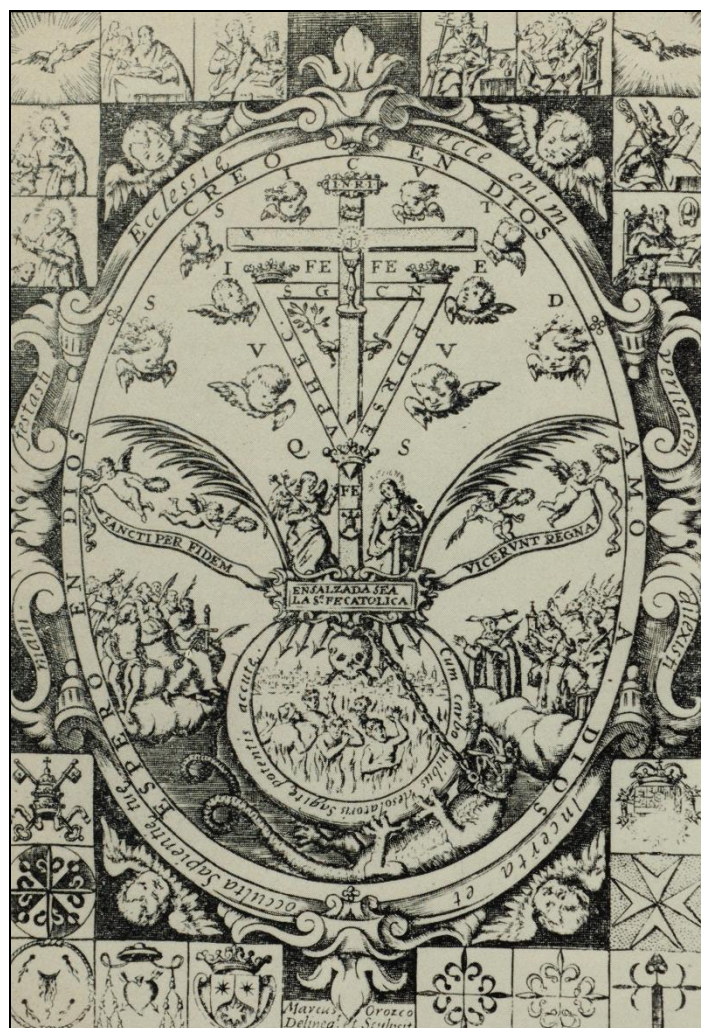
<sup>15</sup> Así consta en el prólogo del texto de las constituciones que escribe para estas congregaciones, a las que nos referiremos a continuación. Citamos a Pablo María Garrido, «La Congregación de Esclavos de la Santa Fe y sus constituciones escritas por su fundador Fr. Francisco de la Cruz, O. Carm. (1585-1647)», *Carmelus*, 24 (1977), pp. 127-166 (p. 157).

<sup>16</sup> Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz...», p. 193.

<sup>17</sup> Garrido, «La Congregación de Esclavos de la Santa Fe...», pp. 155 y 156, respectivamente.

<sup>18</sup> Garrido, «La Congregación de Esclavos de la Santa Fe...», p. 136.

<sup>19</sup> Lo interpreta al detalle Muñoz Suárez, pp. 94-95. Véase la ilustración que sigue.



### 3. Emblema de la Fe

(Sebastián Muñoz Suárez, *Vida del Venerable Siervo de Dios...*,  
Madrid, Imprenta Real, 1688)

Con ser eso ya bastante, fray Francisco no se limitó a fundar su congregación en numerosos lugares, sino que la dotó personalmente de estatutos o constituciones, lo que resulta sorprendente en un lego de tan escasa formación jurídica y teológica. Pero no hay duda de ello, pues Garrido ha publicado y estudiado el manuscrito que se halla en el Archivo General de la Orden del Carmen, en Roma, con la firma y correcciones autógrafas de fray Francisco.<sup>20</sup>

Su finalidad es la promoción y exaltación de la fe en un medio, el rural, muy alejado de las preocupaciones de los teólogos. Como señala Garrido, a través de estos estatutos fray Francisco «supo proponer a los esclavos de la Santa Fe un bien determinado

<sup>20</sup> Garrido, «La Congregación de Esclavos de la Santa Fe...», p. 139 y siguientes. Publica también aquí Garrido otros documentos relativos al proceso de su aprobación, entre ellos la licencia del provincial para que fray Francisco pudiese fundar la congregación en cualquier lugar de Castilla la Nueva, dada el 29 de abril de 1638 y confirmada el 28 de enero de 1639.

programa de vida cristiana, sencillo, pero eficaz, y que refleja [...] las experiencias de su propia vida espiritual tanto antes como después de haberse hecho religioso».<sup>21</sup> Conviene añadir que el documento revela de modo cabal la caridad y liberalidad del carmelita moracho: se admite a hombres y a mujeres sin distinción de estado, fortuna e instrucción, tanto si saben como si ignoran la doctrina (a estos últimos se les enseñará); se corrige a los que pecan, no se rechaza ni siquiera a los delincuentes (pues iría contra la caridad)... Lo que confirma las palabras de fray Juan de Herrera cuando escribe que «fue muy afecto a los pobres que no tenían remedio ni consuelo [...]. De suerte que pedía de puerta en puerta para socorrerlos: el manto para la viuda pobre, la frazada para el que estaba destituido de todo abrigo. En todos los lugares que se hallaba acudía a las cárceles y los consolaba con sus palabras, y pedía para alivio de sus necesidades corporales».<sup>22</sup>

#### 4. La aventura portentosa

Sin embargo, la gran empresa de fray Francisco estaba aún por llegar. Según Muñoz Suárez, fue Dios quien le inspiró la peregrinación a Tierra Santa a comienzos de los años cuarenta a través de diversas visiones, que detalla (MS 99-100), y que fray Francisco no conseguía interpretar claramente en un principio, hasta que fue comprendiendo que su periplo debía fundarse en la imitación de Cristo, de su pasión y crucifixión, cargado él también con una cruz hasta el lugar donde estuvo la del Hijo de Dios, y exhortando siempre en su viaje a la oración y penitencia para la exaltación de la fe católica y para la consecución de la paz en aquellos tiempos de guerras entre los príncipes cristianos (MS 101-102). En estos términos lo escribe fray Francisco en su petición a fray Juan de Herrera, entonces prior del convento de La Alberca:<sup>23</sup>

Y viendo el demonio, enemigo de Dios y nuestro, que nuestro buen Dios nos ama tanto, lleno de envidia ha procurado introducir en el mundo horribles tinieblas en los corazones de los hombres: en unos, para que no vean la certísima luz de nuestra santa fe católica; y en otros, para enfriar el amoroso fuego de la santa caridad; de las cuales tinieblas han resultado innumerables culpas y pecados, de los cuales está Nuestro Divino Dios muy ofendido, lo cual creo por las calamidades, nunca otra vez vistas semejantes entre cristianos, como al presente se ven entre los muy católicos y cristianísimos reyes de España y Francia, y entre sus vasallos y entre otras muchas provincias de la cristian-

<sup>21</sup> Garrido, «La Congregación de Esclavos de la Santa Fe...», p. 146.

<sup>22</sup> Herrera, «Reseña biográfica...», p. 187.

<sup>23</sup> Publicó el texto completo Fernández de Quirós entre las adiciones a la segunda edición de la *Vida* de Muñoz Suárez, pp. 102-105. Insertamos nosotros a continuación los fragmentos que hemos juzgado más relevantes.

dad, que son las encendidas guerras [...]. Según lo cual, nuestro remedio está en que nos convirtamos y hagamos penitencia [...]. Por tanto, pues el remedio es la penitencia, en confianza de Dios añadiré a mis pobres ejercicios la penitencia siguiente:

En el nombre de Dios Todopoderoso [...] pido licencia a vuestra paternidad para ayunar tres años continuos, sin faltar ningún día excepto los domingos; y que los ayunos hayan de ser no solo con abstinencia de carne, sino con abstinencia de todos los manjares, comiendo solamente pan y agua, y no más de una vez al día, sin hacer colación de noche, excepto los domingos, que podré comer más de una vez y usar de comer cualesquiera frutas o legumbres, guardando siempre la abstinencia de carne, huevos, pescado y cosas de leche [...]; tengo de caminar siempre a pie, y pedir de limosna lo que comiere y dar a pobres lo que me sobrare, sin reservar nada de un día para otro; tengo de observar la pobreza evangélica, sin poseer ni tener moneda alguna, ni recibirla de limosna, ni tocarla, ni levantarla del suelo aunque la halle caída; usaré siempre de traer silicio ['cilicio'], y los días que pudiere tomaré disciplina; sufriré las injurias por Dios, y desde luego las perdono a quien me las hiciere y a los que me las hubieren hecho antes de ahora en cualquiera manera; llevaré una cruz auestas desde aquí a Roma, y allí visitaré con ella las siete iglesias principales y más las que pudiere; y en el camino visitaré en cada lugar, ciudad o villa el Santísimo Sacramento del Altar, por lo menos una iglesia y más las que hubiere lugar. Y si en Roma nuestro Santísimo Padre el Pontífice y nuestro Reverendísimo Padre General me dieran licencia para llegar a la ciudad de Jerusalén, iré con la cruz auestas a visitar el Santo Sepulcro de Cristo, Nuestro Redentor, y los demás Santos Lugares de la Tierra Santa; y desde allá volveré a esta santa provincia, y en todo siempre con la santa cruz auestas; todo en confianza de Dios, de quien espero su divino favor y fuerza, mediante su divina gracia.

[...] es mi intención ofrecer lo dicho por la paz y concordia entre todos los reyes y príncipes cristianos y de todas las repúblicas y provincias de la cristiandad, y en recompensa de todas las injurias, ofensas y agravios que todas las criaturas del universo hemos hecho contra Nuestro Dios, Criador, Señor Nuestro y Salvador, de quien esperamos los fieles la bienaventuranza. Y mis ansias son que la santa fe católica se dilate por todo el mundo, pues por todos padeció y murió Nuestro Señor, y que haya paz, porque podamos mejor obedecer, servir y amar a Dios, y así se coja copioso fruto de su Redención, y nosotros participemos de los merecimientos de Cristo mediante la misericordia divina, y así le gocemos y alabemos en la bienaventuranza eternamente, donde vive y reina con Dios en Trinidad de Personas por todos los siglos de los siglos. Amén, Amén. Y así lo firmo de mi nombre en este santo convento de Señora Santa Ana de la villa del Alberca.

Firmaba *Fray Francisco de la Cruz, El Gran Pecador*, y cerraba con la fórmula *Ensalzada sea la Santa Fe Católica, por siempre jamás. Amén. Amén. Amén.*

Fray Juan de Herrera le concedió licencia con fecha 29 de diciembre de 1642, pero restringida por el capítulo de la orden carmelita celebrado en Valladolid en mayo de 1642, el cual, considerando la edad del solicitante y las dificultades del empeño, le facultó sólo para ir a Roma a lograr la aprobación de la congregación y los altares de la Santa Fe Católica (a los que nos hemos referido), y con la reserva de que no cumpliera



la peregrinación antes de finales de febrero del año siguiente de 1643, «para con más tiempo [...] consultar si convendría dársela para la visita de los Santos Lugares con cruz a cuestras» (MS 106-107). Lo que parece razonable, pues la empresa era entonces tan extraordinaria —tan descabellada, si se quiere— como hoy mismo podemos calibrar. Fray Francisco, con el apoyo de fray Juan de Herrera, insistió en su demanda, y por fin se le concedió la licencia

con grande consuelo de todos (porque esta fue una expectación universal en toda la provincia [‘distrito de la orden’, en este caso carmelita]), en 7 de febrero de 1643, con calidad que el peso de la santa cruz no excediese de quince libras castellanas; y fray Francisco, habiendo conseguido la del señor nuncio de Su Santidad, y después de haber hecho extraordinarias mortificaciones y penitencias por el buen suceso de negocio tan arduo, pasó a San Clemente a disponer que se hiciese la cruz, la cual labró un carpintero que se llamaba Alonso de Haro [...]. Formose un letrero en los brazos de ella, con las palabras de san Mateo al cap. XVI de la Sagrada Historia, que dice:

*Qui vult venire post me, tollat Crucem suam et sequatur me* [«Quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame»; *Mateo*, 16, 24; *Lucas*, 9, 23].

Y otro a lo largo, del lugar de san Pablo al cap. II de la *Epistola ad Philipenses*, que dice:

*Humiliavit se metipsum usque ad mortem, mortem autem Crucis* [«Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz», *Filipenses*, 2, 8] (MS 108-109).

Con la bendición de su prior y director espiritual emprendió la peregrinación el 16 de marzo de 1643 (tenía 57 años, dos meses y 20 días, cuenta Muñoz Suárez), en dato que ratifica lo escrito por fray Juan de Herrera: «partió de aquí a 16 de marzo de 1643, oída misa que le dijo su confesor y prelado del Espíritu Santo, y comulgó con su cruz a cuestras, que pesaba 16 libras y media».<sup>24</sup>

Ya desde los primeros días vivió episodios desfavorables —especialmente apariciones y amenazas del demonio, según su biógrafo— y otros favorables, sobre todo el calor de las gentes, «saliendo los pueblos a verle y a acompañarle por largas distancias, edificados de su devoción, edad y penitencia, rogando todos a Dios fuese servido que celo tan piadoso y fervor tan sin ejemplar llegase a conseguir dichosamente el virtuoso fin de su empresa» (MS 113). El 2 de mayo, víspera del día de la Cruz, llegó a Pamplona, «en donde causó tal novedad el verle, que se conmovió toda la ciudad, asegurándose todos que esta era obra del cielo, y que Nuestro Señor se había de apiadar de las dos coronas, España y Francia, en aquellas presentes guerras, concediéndoles la deseada paz» (MS 113).

<sup>24</sup> Herrera, «Reseña biográfica...», p. 187. Nótese la discrepancia en el peso de la cruz. Si tiene razón Herrera, pesaría casi 7,600 kilos, en lugar de los poco más de 6,900 a que equivalen las 15 libras consignadas en la licencia. Agreguemos, siguiendo a Muñoz Suárez (MS 109), que fue costeadada por don Juan Pacheco de Guzmán, caballero de la orden de Alcántara.





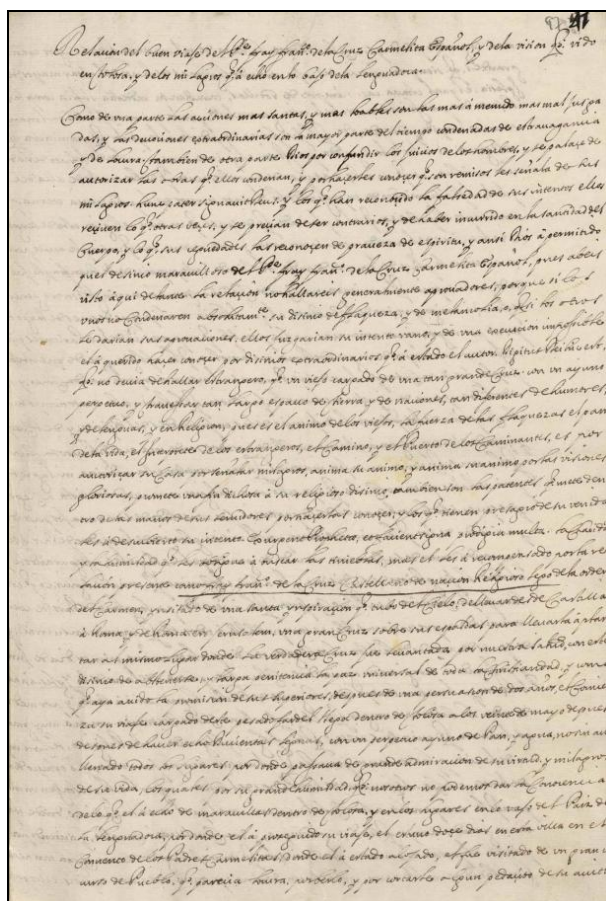
#### 4. Fray Francisco de la Cruz

([Sebastián Muñoz Suárez, \*Vida del Venerable Siervo de Dios...\*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1667](#))

Encontramos con ello las que serán dos constantes en la peregrinación de fray Francisco: por una parte, la protección que necesitó para que las gentes no le cortaran los hábitos con la intención de conservar los trozos como reliquias; y, por otra, los ofrecimientos para costear el viaje o parte de él, que, tanto en este caso como en otros, serán rechazados por nuestro peregrino, que salió determinado, como leímos, a no recibir dinero en todo su periplo.

De su paso por Francia nos han llegado numerosos testimonios: «Entró en la Francia por la parte de Bayona [...], y causó diferentes rumores su venida: unos decían que era loco de tema extravagante; otros, que era embustero y que por allegar limosnas quería mover los ánimos con aquella no común resolución; otros, que se valía del hábito del Carmen por tener tan general filiación; otros, que era santo fingido y que desdichada y trabajosamente afectaba aquella costosa virtud; otros, que era algún buen hombre

devoto que presto se cansaría» (MS 114). Y así, pasó tres días en la cárcel por orden del obispo de la diócesis, quien acabó reconociendo la limpieza de su intención y honrándole después; tras de los cuales «prosiguió su viaje, padeciendo por la Gascuña muchas contumelias y afrentas», y luego por el Languedoc, donde su aventura tuvo tanta repercusión que se imprimió en un libro que se remitió a París, escribe Muñoz Suárez, «desde donde se comunicó a toda la Francia y después se divulgó por toda la cristiandad» (MS 115).<sup>25</sup>



5. Primera hoja del manuscrito [Relación del buen viaje del Venerable fray Francisco de la Cruz...](#)  
(Biblioteca Digital Hispánica)

<sup>25</sup> Desde luego, la repercusión del paso de fray Francisco por estos lugares fue enorme, como lo acredita el hecho de que el librito, titulado (traducimos) *Relación del viaje de fray Francisco de la Cruz, carmelita español, de la visión que tuvo en Tolosa y de los milagros que ha hecho en el Bajo Languedoc* (Toulouse, Pierre d'Estey, 1643), fue en el mismo año reimpreso en Lyon (Lyon, Claude Savary, 1643) y traducido al catalán (Barcelona, Pere Lacavalleria, 1643). Son datos que tomamos de P.M. Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz...», p. 181, quien edita la traducción española que se conserva en el Archivo General de la Orden Carmelitana (pp. 205-208), y que da fe a la vez de su circulación manuscrita, como es el caso del ejemplar de la Biblioteca Nacional, accesible ahora en la [Biblioteca Digital Hispánica](#): [Relación del buen viaje del Venerable fray Francisco de la Cruz Carmelita Español, y de la visión que vido en Tolosa, y de los milagros que á echo en lo bajo de la Lengudoca](#) (manuscrito del siglo XVIII, pp. 77-79. Biblioteca Nacional: signatura MSS/11137. Véase la ilustración inmediata). Muñoz Suárez trae tanto el texto original francés (MS 116-120) como la traducción española (MS 120-125).

Llegó a Tolosa (Toulouse)<sup>26</sup> el 20 de mayo, tras haber recorrido ya doscientas leguas, o sea, más de mil kilómetros: «Hizo alto en esta villa doce días, en los cuales en el convento de los padres del Carmen, donde estuvo alojado, fue visitado de un gran concurso de pueblo que hacía gran ruido por verle y para cortarle algún pedazo de su hábito» (MS 122). En Carcasona estuvo preso otra vez; en Narbona fue recibido en olor de multitud, y dio la vista a una mujer ciega, que la recuperó súbitamente al besar la cruz de fray Francisco; en Montpellier fue de nuevo encarcelado y luego liberado en un lance presentado como milagroso por Muñoz Suárez (MS 127-128), quien comenta la desigualdad con que era tratado:

En unas partes le gritaban diciendo que era espía y que llevaba escondido el dinero en la cruz (y es verdad que ella era todo su tesoro); en otras se llenaban los campos de gente a ver aquel espectáculo de mortificación: día hubo en que salieron a verle pasar más de tres mil personas [...]. Muchas veces le sucedió dormir en el campo, y como todo su cuidado era su cruz, temeroso de que se la hurtasen, dormía encima de ella, porque no hubiera rato en que no estuviese en cruz; y porque hasta con la reacción que toman los sentidos con el sueño los tuviese crucificados (MS 128-129).<sup>27</sup>

Yendo hacia Saboya determinó pasar por Niza, pero al ver tanta gente como salía a su paso, cambió el rumbo («ponía todo su cuidado en huir los aplausos humanos», puntualiza su biógrafo) y se dirigió hacia los Alpes. De su tránsito hasta Roma no contamos más que con el testimonio del propio protagonista, quien, en carta al provincial carmelita de Castilla fechada el 14 de abril de 1644, escribe tan lacónico como humilde: «Vine por Pamplona y por Francia, y por las provincias de Saboya, Génova y Milán, Parma y Florencia, y en el camino pasé algunos trabajos; mas todos fueron pocos para los que yo debo padecer por Nuestro Señor Jesucristo, que tanto padeció por mí» (MS 130).<sup>28</sup>

Tras seis meses de camino, entró en la Ciudad Eterna precisamente el día de la Cruz, 14 de septiembre, de 1643. Se alojó en el convento del Carmen de Transpontina, y en su larga estancia fue muy estimado por el papa Urbano VIII, que le recibió varias veces,

<sup>26</sup> Escribimos los topónimos de otras lenguas en la forma que trae Muñoz Suárez, y, cuando hay diferencia con la actualmente admitida o más extendida, consignamos ésta entre paréntesis.

<sup>27</sup> Por su parte, escribe fray Juan de Herrera («Reseña biográfica...», p. 188): «En dicho viaje obró Dios por este su siervo algunos milagros y maravillas. Dio vista a un ciego y a una ciega. A una mujer, que no podía comer poco ni mucho en seis meses con una profunda melancolía, con su visita y presencia sanó. Visitole Nuestra Señora del Carmen en su celda, en Narbona de Francia, y asegúrole su camino. Un río tan caudaloso como Tajo le pasó sin mojarse los pies. Tuvo muchas tentaciones del demonio, de que le libró la Majestad Divina». Muñoz Suárez detalla bastantes sucesos milagrosos, en los que no nos detendremos.

<sup>28</sup> Del laconismo y la reserva de fray Francisco tenemos prueba a través del testimonio de fray Jacobo Emans. Este carmelita alemán, que fue quien más le trató en su larga estancia romana, decía de él «que apenas podía moverle a hablar una palabra» (MS 136).

le hizo entrega de reliquias de hasta 24 santos,<sup>29</sup> y mandó pintar un retrato de fray Francisco cargado con la cruz.<sup>30</sup> Pero no fue fácil conseguir licencia para pasar a los Santos Lugares. Por un lado, se pretendía ahorrar al peregrino las incomodidades del invierno que acechaba, y por otro, se temía (sobre todo de parte de los franciscanos, guardianes de Tierra Santa) que su presencia entre los infieles pudiera considerarse una provocación o moviese a escarnio. Por ello, el amparo del papa Urbano VIII y su intervención personal resultó determinante para solventar las dificultades («la piadosa afección del Santo Pontífice las venció todas», MS 132), y el 2 de abril de 1644 expidió un breve autorizando la visita del Santo Sepulcro y demás Santos Lugares. Lo presentó fray Francisco ante el padre fray León Bonfiglio, vicario general apostólico de los carmelitas, quien lo aceptó el 12 de abril. Tres días después, en medio de la veneración de los fieles, salía de Roma «camino de Loreto, Bolonia y Venecia, para pasar desde allí, en ofreciéndose ocasión, a Jerusalén» (MS 133).

El camino del carmelita moracho resultó muy difícil, como leemos en una carta de fray Domingo de San Alberto: «Aquí llegó el jueves [16 de mayo] el hermano fray Francisco de la Cruz, con su cruz auestas, y tan fatigado, que parecía quería expirar; porque nos ha contado todo lo que le ha pasado de Roma aquí, que es cosa notable; y en todo el camino de España a Roma, con pasar entre herejes, no ha padecido la vigésima parte» (MS 137).<sup>31</sup>

20

En Venecia, y tras nuevas adversidades, se embarcó para Egipto el 24 de junio. De todo ello da cuenta el propio fray Francisco en carta al padre Bonfiglio, el 16 de julio siguiente, transcrita por Fernández de Quirós:

A la vuelta de una isla que se llama del Zante, tuvimos nueva de la armada del Gran Turco que iba hacia las fronteras de Italia, y nos retiramos a la dicha isla del Zante (en este país tienen paces con los turcos); en el puerto no hicieron mal a nuestro bajel, por estar en el puerto y por ser venecianos, mas fueron descontentos y ha más de diez días que estamos en el puerto y no osamos salir de él; los religiosos y peregrinos salimos a la isla, y ellos están en un convento suyo, que son franciscanos; y yo, con otro peregrino, estamos en casa del ilustrísimo señor obispo, el cual me ha tenido en una cama malo, y me ha curado y regalado, y proveído de ropa y provisión de comida (para el navío), y

<sup>29</sup> La relación completa, en MS 131, quien informa de que las trajo de Roma fray Diego Sánchez Sagramaña, provincial de Castilla, y pasaron al convento de Santa Ana de La Alberca.

<sup>30</sup> De este retrato se hicieron varias copias, que ignoramos si aún se conservan: una estuvo en la escalera del convento del Carmen de Transpontina, otra en el del Madrid, otra más en Narbona, y una cuarta en Mora (esta sí sabemos que está perdida), a la que nos referimos al comienzo de este trabajo. Deben de corresponder a la estampa que Muñoz Suárez puso en cabeza de la primera edición de su libro (y que reproducimos más arriba, en nuestra ilustración 4).

<sup>31</sup> Este fray Domingo es también la fuente de un suceso en las montañas de Spoleto con unos bandoleiros de los que pudo escapar milagrosamente o casi.

asimismo un caballero que es cónsul de españoles. En esta isla hay de todas naciones de gentes; la mayor parte es de griegos; los demás son hebreos y turcos, y ateístas y de otras sectas; cristianos son muy pocos, digo, de los latinos obedientes al pontífice nuestro romano, a quien Dios guarde muchos años; sacerdotes, solo dos, el uno el señor obispo, y el otro su vicario. Además de estos hay otros ocho religiosos de san Francisco y de santo Domingo, en tres conventos repartidos, todos los cuales están como rosas entre espinas y como corderos entre lobos.

Ya me siento para poder navegar, y presto proseguiremos nuestro santo viaje; con la cruz visité las iglesias, y la iglesia del señor obispo, que se llama San Marcos, y en su casa la he tenido y ya la he tornado al bajel (MS 140).

Tras desembarcar en lugar no precisado, sufrió en el camino de El Cairo la mordedura de un perro —Muñoz Suárez, la atribuye al demonio— que le causó una tremenda herida. De El Cairo se embarcó nuevamente para Jaffa, puerto de Tierra Santa cercano a Jerusalén, adonde llegó el 1º de agosto y desde donde retomó definitivamente el camino a pie. Al tercer día salió a recibirle fray Próspero del Espíritu Santo, vicario del convento de carmelitas descalzos del Monte Carmelo, quien le acompañó a la casa solariega de la orden, punto de partida de su visita, y le acompañaría a lo largo de toda la andadura por Tierra Santa hasta que se embarcó de nuevo para Europa. Su asistencia resultó providencial para el lego moracho.<sup>32</sup>

Siempre con su cruz a cuestas, visitó fray Francisco en Jerusalén las casas de santa Ana (patrona de su convento de La Alberca), de Simón Fariseo, de Pilatos, del rico avarento y de la Verónica; el palacio de Herodes; el lugar conocido como el *Pasmo de la Virgen* (donde vio su madre a Cristo llevándole a crucificar), el paraje donde murió apedreado san Esteban y el sitio donde cayó Jesús llevando la cruz a cuestas; el Monte Calvario, el Santo Sepulcro, la puerta judiciaria, la cárcel de san Pedro, el Santo Cenáculo...

Adviértase —escribe su biógrafo— que en las distancias de unas estaciones a otras siempre iban oyendo baldones y afrentas, así de turcos como de indios, y en algunas los muchachos les tiraban piedras; y también que no las seguían consecutivamente, como cuando se visitan las vías sacras que hay en España y en otras muchas partes de la cristiandad, sino que iban por la ciudad adorando los lugares en que se obraron diferentes misterios de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, hasta llegar al Monte Calvario y Santo Sepulcro, reservando para otros días la visita de otros Santos Lugares dentro y fuera de Jerusalén (MS 156).

Cuenta Muñoz Suárez que en el lugar donde murió san Esteban, y al inclinarse fray Francisco a besar la piedra conmemorativa, un rabino de la sinagoga de Jerusalén

---

<sup>32</sup> Sobre este fray Próspero, que continuará apareciendo en nuestro relato, hay amplia información en fray Florencio del Niño Jesús, pp. 284-377.

«hizo tanto sentimiento de ver aquella religiosa y devota demostración, que alzando una piedra le dio con ella al siervo de Dios tan recio golpe en lo alto de la espalda del lado derecho, que pasando por encima de la cabeza le causó gran sentimiento, y también se hirió algo el rostro en la piedra del santo, con el natural movimiento» (MS 157). Fray Francisco perdonó a su agresor, pero el impacto le ocasionó un tumor, y «como no había entonces modo de hacerle algún remedio, se le quedó permanente en la proporción misma que cuando se hizo, y le duró hasta que fue a la sepultura» (MS 158).

Llegaron al convento de San Salvador, que es de religiosos franciscos, aguardando a que fuese ocasión de entrar, y después de pagada la tasada distribución que tienen impuesta los turcos, entraron, siendo recibidos en procesión, causando en ella particular edificación fray Francisco, maravillándose todos los religiosos de aquel gran espectáculo de penitencia, y de ver una acción tan del esfuerzo cristiano y tan sin ejemplar, y en tanta edad y con tanta carga de cabellos,<sup>33</sup> persuadiéndose a que la asistía con particular manutención el brazo poderoso de Dios, por altísimos fines suyos. Hechas las piadosas y edificativas ceremonias que aquellos hijos del serafín Francisco acostumbran, y tratados con alguna prudente deferencia los dos religiosos peregrinos, y después de haber comulgado todos de mano del padre guardián, como es costumbre, llegó el dichoso deseado día de poner nuestro siervo de Dios la cruz que traía en el mismo venerable y santificado hueco donde para salud del mundo estuvo arbolada la de Nuestro Señor Jesucristo; fue día en aquel religiosísimo convento de grande y extraordinaria solemnidad, porque asistió toda la comunidad procesionalmente a acompañar a fray Francisco a llevar la santa cruz, el cual fue descalzo; y desde que vio el lugar consagrado con la sangre de un Hombre Dios (allí en el mismo), pasible y mortal, caminó de rodillas, corriendo arroyos de lágrimas por el rostro y vestido; y habiendo llegado a él, entró todos cuatro extremos de su cruz en el sagrado cóncavo, y dejándola allí (a ruegos suyos) la comunidad, en compañía del padre Próspero, y estando colocada la cruz por espacio de tres horas, en veneración de otras tres que estuvo Cristo nuestro bien pendiente de la suya, y ellos postrados reverentemente de rodillas, en alta y fervorosa oración, ¿quién duda que en ella le contemplarían en esta o en otra más significativa forma? (MS 160).

En el mismo convento visitan el Santo Sepulcro, la capilla donde se apareció Jesús a su madre el día de la Resurrección, el altar del *Lignum Crucis*, la columna en que fue amarrado y azotado en casa de Caifás, el lugar donde santa Elena halló las tres cruces, las capillas de san Longinos, de santa Elena, del sitio donde fue clavado en la cruz...

Y habiendo recibido testimonio auténtico en toda forma de cómo había visitado aquellos Santos Lugares y otros que contiene aquella celestial casa, con una cruz grande a cuestas, con que llegó a ella trayéndola en peregrinación, dado por el padre fray Pedro de Montepelusio, comisario apostólico en las partes del Oriente, custodio de Tierra Santa y guardián del Monte Sión, su fecha en el convento de San Salvador de Jerusalén en 26 de agosto del año 1644, en el cual se declararon todos los sitios sagrados que hay dentro del convento, donde se reverencian diferentes misterios, en que siempre iba to-

<sup>33</sup> Fray Francisco, como veremos, no se cortaría el pelo ni la barba en toda su peregrinación.



cando su cruz nuestro peregrino, y lo mismo hizo en todos los que estaban fuera de él (MS 164).



6. Fray Francisco de la Cruz

(Sebastián Muñoz Suárez, *Vida del Venerable Siervo de Dios...*,  
Madrid, Imprenta Real, 1688)

Visitaron luego el río Jordán (en cuyas aguas fray Francisco bañó la cruz), el valle de Josafat, el arroyo Cedrón, el huerto de Getsemaní, el sepulcro de Lázaro, las casas de Simón el leproso, de santa María Magdalena y de santa Marta; y por la Galilea, el sitio donde Jesucristo dio vista al ciego, el de Zaqueo, la ciudad de Jericó, el monte de la Cuarentena, las ciudades abrasadas y el mar Muerto. Y de aquí fueron a los diversos lugares de Belén, montañas de Judea, Nazaret, monte Tabor, mar de Galilea, mar de Genezaret, Cafarnaúm, «y, en fin, todos los Santos Lugares transmarinos, tocando su cruz nuestro siervo de Dios en cada uno» (MS 165).<sup>34</sup>

<sup>34</sup> La relación particularizada de estos lugares, citados aquí genéricamente, en Muñoz Suárez, pp. 164-165. A todas estas visitas le acompañó también el rabino antes citado, que «había resuelto embarcarse para la cristiandad».

Regresaron después al Monte Carmelo para esperar el barco de vuelta, que, una vez despedido de fray Próspero, tomó el 1º de septiembre en Haifa, donde se hizo a la vela para Damiata (hoy más conocida como Damieta o Damietta, cerca de la desembocadura de uno de los dos ramales del Nilo) en compañía del rabino que le había herido en la piedra de san Esteban. De ese mismo día nos ha llegado el testimonio de fray Próspero recogido por Fernández de Quirós:

Yo, fray Próspero del Espíritu Santo, misionero apostólico y vicario del Santo Monte Carmelo, doy fe como el reverendo padre [sic] fray Francisco de la Cruz,<sup>35</sup> de la provincia de Castilla, vino a este Santo Monte Carmelo con una cruz grande, con orden y licencia de sus superiores, esto es, de su prior, provincial y general, y también con orden y recomendación de Su Santidad; y doy fe como desde este Santo Monte le he acompañado hasta la Santa ciudad de Jerusalén, donde entramos al Santo Sepulcro y dicha cruz fue tocada en todos aquellos Santos Lugares, particularmente sobre el Santo Sepulcro, el Monte Calvario, y elevada sobre el Santo hueco de la Santa Cruz de Cristo Señor Nuestro; y habiendo vuelto a este Santo Monte, doy fe como se partió de aquí el primer día de septiembre, y por la gracia del Señor hay sanidad por todo este país. Y por ser verdad, lo firmo de mi mano y lo sello con nuestro sello.

En el Santo Monte Carmelo, a primero de septiembre de mil seiscientos y cuarenta y cuatro. (Sello).

FRAY PRÓSPERO DEL ESPÍRITU SANTO (MS 17).

Un segundo documento fehaciente es la carta autógrafa del mismo fray Próspero, unos días posterior (11 de septiembre), dirigida al general de los carmelitas descalzos, fray Eugenio di san Benedetto:

Pocos días ha que avisé a vuestra reverencia de nuestro estado y la paz que gozamos en este Santo Monte. La presente servirá para confirmar cuanto he dicho en mis anteriores, y hacerle saber como con ocasión de este siervo de Dios [fray Francisco de la Cruz], que apareció en este país con una cruz, la cual dice haberla llevado por toda la cristiandad, y con orden de sus superiores y Su Santidad viene a traerla y meterla en el agujero de la de Cristo; y habiéndome venido a buscar, fue necesario que yo le acompañase para que él la llevase hasta Jerusalén y tocase en todos aquellos Santos Lugares y metiese en el agujero con el favor y gracia que nos hizo el reverendo padre guardián y todos aquellos santos religiosos. Me ha prometido algunas limosnas para este Santo Monte. En ese caso, vuestra reverencia nos las hará llegar.<sup>36</sup>

<sup>35</sup> Recuérdese que fray Francisco era hermano lego, esto es, no había recibido órdenes clericales. Por ello, es impropia la denominación de *padre*.

<sup>36</sup> Copiamos y traducimos de Garrido, que publica el original italiano en «Un pellegrino della croce...», pp. 245-246; «En torno a fray Francisco de la Cruz...», pp. 199-200; y «Una aventura 'a lo divino' en el siglo XVII: la peregrinación al Monte Carmelo y Tierra Santa de fray Francisco de la Cruz, O. Carm. (1585-1647)», *Monte Carmelo*, 96.2 (1988), pp. 301-323 (p. 313). También la trae traducida Florencio del Niño Jesús, pp. 349-350.



Llegados a Damiata, siguieron el camino a pie a El Cairo y Alejandría, donde se embarcaron para Italia. Pasaron en su travesía cerca de Gandía (esto es, Candía, nombre antiguo de Heraclión o Heraklion, en la isla de Creta), Mondón (Methoni, en el sur del Peloponeso) y Corfú (que mantiene su nombre, en las islas Jónicas), antes de que se desencadenase una pavorosa tempestad que les llevó casi a zozobrar, pero fray Francisco se abrazó a su cruz y luego la ató a lo que quedaba del árbol mayor pidiendo la misericordia divina. Y así fue: la tormenta cesó y entraron en Trieste, «donde trayendo el navío a la santa cruz por árboles, banderas, velas y timón, el propio mar hizo que tomasen el puerto milagrosamente», escribe Muñoz Suárez, quien agrega:

Desembarcaron en Trieste, con gran admiración de la gente de la tierra, viendo de la suerte que aquel navío había llegado al puerto; y fray Francisco, con los pasajeros que habían venido embarcados con él, llevando su cruz procesionalmente, fueron a dar gracias a la iglesia mayor, mostrando todos el debido reconocimiento de milagro tan patente, y más que todos el judío rabino, que publicaba las obras maravillosas de Dios llamándose cristiano y reconociendo sus juicios inaccesibles, pues sin ningunos méritos suyos, antes por caminos tan encontrados y por veredas tan extraordinarias, parece que a pesar suyo le había metido el cielo en su alma con la dicha de la vocación a su Iglesia, compeliéndole a entrar en ella, sacando aquel religioso de tan remotas partes con una cruz auestas, permitiendo el suceso de Jerusalén y poniendo en su boca palabras que él, siendo contrario de la Iglesia, no las pudo contradecir, para empezarle a mover; y viendo que a tantos golpes se daba por desentendido y que necesitaba de instrumentos más fuertes, quiso batir su corazón rebelde y obstinado con la artillería de una tempestad y con lo visible de milagro tan raro, y así que él se confesaba por hijo de la Iglesia Católica y trofeo de la santa cruz, atribuyendo a las oraciones y diligencias de aquel religioso carmelita, verdaderamente varón de Dios, su felicidad y conversión, pidiendo a voces las saludables aguas del bautismo (MS 172-173).

Bautismo que recibió una vez que fue instruido por fray Francisco en los principales misterios de la religión cristiana y en el que quiso tomar el nombre de su benefactor:

En fin llegó el dichoso día en que recibió la fe, siendo su padrino nuestro hermano, tomando su mismo nombre de Francisco de la Cruz, en reverencia de la Santa Cruz y en obsequio de su bienhechor, con tanto aplauso de aquella ciudad imperial, que movida de la novedad del caso, y habiéndose divulgado en ella las divinas misericordias sucedidas en la tormenta, concurrió tanto número de gente y con tanto empeño y fervor, que se celebró aquella función con general solemnidad y con gozos tan indecibles del siervo de Dios, que por solo haber visto este día con tan fervorosas aclamaciones de la Santa Cruz y haber sido él algún instrumento para la conversión de un alma, daba por dichosos sus trabajos (MS 173).

Aquí se despidieron: el nuevo Francisco de la Cruz marchó a Liorna (Livorno), donde tenía parientes, y nuestro fray Francisco hizo su viaje por el Adriático hasta desembar-

car en Tricata o Trecata (Tricase), desde donde tomó el camino por tierra para la ciudad de Leche (Lecce). Allí llegó a finales de noviembre del 44, según consta en carta suya del 29 de ese mes (MS 174), acompañado de una multitud que había salido a esperarle. Paró cuatro días en el convento del Carmen, donde la cruz estuvo expuesta a la veneración pública y fue visitada por un inmenso gentío, curó milagrosamente a un religioso del convento (MS 174-175), y fue despedido por la ciudad en masa. Pasando por Misana (Mesagne), San Vito (San Vito dei Normanni) y Ostuno (Ostuni), «obrando siempre maravillas y edificando con su predicación continua» (MS 176),<sup>37</sup> llegó a Nápoles, donde se detuvo en el convento principal de la orden (Madonna del Carmine) antes de hacer su entrada en Roma a finales de mayo de 1645 y alojarse otra vez en el convento de Transpontina:

Desde que entró en su convento, empezó a distribuir las horas de la misma suerte que cuando vivía en el de la Alberca, y el descanso que tomó de tan larga jornada para proseguir otra no menor fue ayudar a todos en sus ocupaciones, principalmente a los hermanos de vida activa: él suplía por todos y se hallaba en todo lo que era de molestia y trabajo, sin que por ello faltase a su continuo ayuno de pan y agua, ni a las aflicciones continuas de su cuerpo con extraordinarios modos de penitencias, ni a quedarse las noches enteras en la iglesia en oración, ni a dar tan limitado reparo a los sentidos, que no se sabía cuándo dormía o cuándo descansaba (MS 177).

El Papa, ahora Inocencio X, le llamó para que fuese a verle y oír así de sus labios su hazaña extraordinaria, a la vez que le concedió diversas indulgencias: un jubileo en el día de la Santísima Trinidad para el altar de Nuestra Señora de la Fe, y otro en el altar de Nuestra Señora del Socorro en el día en que se celebra su fiesta, ambos para el convento de Santa Ana de La Alberca.

De esta segunda estancia en Roma se conservan diversos documentos rescatados por Garrido:<sup>38</sup> el escrito original del vicario general Leone Bonfiglio nombrando al padre Vincenzo Giusti confesor y al padre Giovanni Battista di Lezana director espiritual del carmelita moracho; el testimonio del padre Jacobo Emans acerca del acto de la bendición, el 5 de junio —por Girolamo Domin, obispo de Gaeta, y por mandato del papa Inocencio X—, de la cruz que fray Francisco había cargado sobre sus hombros (MS 179); y sobre todo una carta autógrafa de fray Francisco a fray Diego de Agüero, un religioso de su provincia, que queremos ofrecer al lector:

---

<sup>37</sup> De su estancia en Lecce contamos también con el testimonio escrito de fray Lorenzo Caraccini (en carta publicada por Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz...», pp. 201-202), quien nos informa, entre otros detalles, de que el provincial le ordenó vestir un nuevo hábito, que le hicieron, en tanto que el suyo quedó en el convento de Lecce.

<sup>38</sup> Garrido, «Un pellegrino della croce...», p. 246.

## ENSALZADA SEA NUESTRA FE CATÓLICA

M.R.P. Fr. Diego de Agüero:

Esta reciba vuestra paternidad con la salud y gracia de Nuestro Señor Dios, que sea con todos. Mi viaje de la Tierra Santa me sucedió bien por la gran misericordia divina. Estuve en el Santo Monte Carmelo, en Jerusalén, Belén, Betania y en muchas partes de las provincias de Galilea y Judea, y la santa cruz que traje de España fue puesta en muchos lugares en los cuales estuvo el mismo cuerpo de Nuestro Redentor, y particularmente sobre el Santísimo Sepulcro, y colocada sobre el Santo Monte Calvario en el mismo agujero donde fue plantada la Santísima Cruz de Nuestro Salvador; y allí todos los que nos hallamos presentes, religiosos y peregrinos y cristianos de Jerusalén y del mismo país, la adoramos y rezamos el *Credo* y el salmo *Miserere mei Deus* y la oración del *Pater noster*, y luego dijo una oración por la paz el muy reverendo padre fray Próspero del Espíritu Santo, que es el misionero apostólico de la Tierra Santa y vicario del Santo Monte nuestro del Carmelo. Da fe de cómo estuvo la santa cruz en los dichos lugares y asimismo lo certifica el reverendo padre comisario de la Tierra Santa, guardián del santo convento del Monte Sión del Orden del Glorioso Padre San Francisco. Y en muchos altares de las iglesias de Palestina se colocó la santa cruz muchas veces para decir misa. En la mar obró Dios un gran milagro por ella cerca de Chipre. Ahora, en Roma, se ha bendito con autoridad apostólica. Por todos los reinos y provincias es venerada de los fieles con singular devoción. Otras cosas admirables han sucedido por la santa cruz. A su tiempo las dará Dios a entender y será alabado por todo. Glorificado sea su Santísimo Nombre para siempre por todos los siglos. Amén, Amén, Amén.

De Roma, 12 de junio de 1645.

De vuestra paternidad siervo.

FR. FRANCISCO DE LA CRUZ<sup>39</sup>

27

El 15 de septiembre de 1645 salió de la ciudad<sup>40</sup> con destino a Lucca, donde visitó al Santo Cristo el 6 de octubre, y luego a Génova, donde paró tres días. El 20 de noviembre le encontramos en Niza, y el 30 de ese mes entra en la Provenza, hospedándose en Aix (como en el viaje de ida) en la casa del conde de Ales (Alès), gobernador de la provincia, «porque este señor mostró singularísima devoción con nuestro hermano, y así hizo grande aprecio de su persona y se encomendó a sus oraciones con mucha fe» (MS 182). También en el Languedoc, desde el 15 de diciembre, fue acogido con gran estima por su gobernador, duque de Luy; cuatro días después escribe desde Montpellier a fray Vincenzo Giusti,<sup>41</sup> y apenas si sabemos más pormenores del resto de su camino por Francia, salvo que marchó de Bayona el 17 de enero de 1646, y que, a diferencia de lo sucedido en el viaje de ida, y en toda su travesía por el país vecino,

<sup>39</sup> Herrera, «Reseña biográfica...», pp. 188-189; Garrido, «La Congregación de Esclavos de la Santa Fe...», p. 132, n. 10; y «Una aventura 'a lo divino'...», pp. 314-315.

<sup>40</sup> Es la fecha que trae Garrido («Un pellegrino della croce...», pp. 246-247), quien corrige a Muñoz Suárez, que sitúa la partida el día 1º de septiembre (MS 179-180).

<sup>41</sup> Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz...», p. 194.

como ahora se les volvía a representar con aquella presencia venerable y penitente, con la misma cruz sobre sus hombros, con los cabellos que le llegaban a la cintura, y con una predicación que enternece las piedras, fue tanta la moción de todos géneros de estados que le seguían por los campos de unos pueblos a otros, que a veces eran más de dos mil personas, dando gracias a la Majestad de Nuestro Dios y Señor de que sabe dar tal fortaleza y espíritu a los hombres para conseguir con tan costoso ejemplo una general reformatión (MS 184).

El 19 de enero entraba en España por Fuenterrabía, siendo recibido por don Baltasar de Rada, gobernador del presidio, de donde pronto marchó huyendo de las demostraciones con que era honrado, y que se compadecían mal con su humildad infinita. Siguió su ruta por Vizcaya y Asturias, resume Muñoz Suárez, «padeciendo intolerables fríos y continuas inclemencias del tiempo, por ser en lo más riguroso del invierno y por montañas llenas de nieve tan helada, que apenas tenía donde poner el pie en firme que no resbalase». Le decían en los lugares que pasaba «que adónde iba con tiempo tan riguroso y tantas incomodidades y una cruz tan pesada auestas; que aguardase para ir a Santiago otro mejor» (MS 186). Mas a todas las adversidades se sobrepuso, para alcanzar la ciudad del apóstol el 10 de marzo, visitar su sepulcro, y permanecer en ella hasta el día 13 de ese mes, en que requiere al notario para que dé fe de su llegada antes de reemprender el camino que había de reintegrarle a la provincia de Castilla de su orden del Carmelo (MS 186-187). Lo que se produjo pocos días después, cuando llegó al convento de Nuestra Señora del Socorro de la villa de Valderas (León), de manera que su promesa quedaba concluida:

Recibió nuestro hermano fray Francisco singular consuelo de hallarse en esta provincia y de verse con los religiosos sus hermanos. En este convento quiso quitarse el cabello, por estar cumplida ya aquella rigurosa penitencia que él se impuso, que fue otra cruz aparte; pero el padre prior le impidió que se le quitara todo de una vez, porque con la destemplanza forzosa no se originase alguna dolencia, y así empezó a irsele quitando, y lo fue prosiguiendo poco a poco, hasta que en Madrid se acabó de regular al estilo común de su religión (MS 189).

Porque, en efecto, y a pesar de que la penitencia estaba realizada, determinó, en acción de gracias y en contra de las instancias de la comunidad, proseguir su peregrinación hasta Madrid «y dar la obediencia a su provincial» (MS 190). Salió entonces para Valladolid, donde pasó algunos días, y marchó pronto a la corte, a la que llegó a mediados de abril de 1646.<sup>42</sup>

---

<sup>42</sup> Antes del 22 de abril, fecha en que se celebró el capítulo de la orden citado más abajo (Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz...», p. 195). Muñoz Suárez sitúa su llegada a la corte «a los principios de mayo» (MS 190).

Entró en Madrid, y tras visitar los templos de la Almudena, Soledad, Buen Suceso e Inlusa, a las doce de la mañana accedía a la iglesia del Carmen en medio de una muchedumbre que lo esperaba. Oró en las capillas del Santísimo Sacramento y de Nuestra Señora del Carmen, antes de ir, con la cruz auestas, a postrarse a los pies del padre provincial, fray Diego Sánchez Sagrameña. De la etapa final de su viaje escribirá más tarde al padre Lezana:

Ya por la misericordia de Dios cumplí con el fin de mis intentos, que fue de volver a esta santa provincia después de visitar la Tierra Santa. Entré en Castilla por la Semana Santa, estuve en Valderas las Pascuas; hiciéronlo bien los religiosos conmigo. Lo mismo hicieron en Valladolid. Llegué a Madrid antes de capítulo. Cuatro o cinco días antes de llegar me vi en peligro de muerte viniendo de Valladolid, con ocasión de una enfermedad que ha durado hasta ahora y aún dura, aunque ya, gracias a Dios, estoy convaleciente.<sup>43</sup>

Según fray Juan de Herrera, había recorrido a pie, cargado con la cruz, descalzo y alimentándose de pan y agua, mil seiscientas leguas.<sup>44</sup>

La cruz fue colocada con gran solemnidad en el altar mayor de la iglesia del Carmen el día de la Ascensión, que ese año fue el 10 de mayo. Luego fray Francisco, sin atender a su ya entonces maltrecha salud, solicitó y obtuvo licencia del provincial para pedir limosnas a fin de «hacer guarnición de plata a la santa cruz para su adorno y defensa, porque sin ella algún piadoso y devoto desorden, por participar de sus reliquias, no la dividiere en partes» (MS 193). Se le asignó para ello como compañero a fray Luis Muñoz,<sup>45</sup> con el que obtuvo 50 marcos y 30 reales de plata, de los que se pagaron al plateiro Francisco Martínez 500 ducados para la guarnición de la cruz, y sobraron 200 más, que se emplearon en forjar una reja de hierro para un nicho en la capilla de la iglesia del convento del Carmen de La Alberca.<sup>46</sup>

Hacia el pueblo conquense, por el camino de Ocaña y Tembleque, partió por fin fray Francisco, con fray Juan de Camuñas, llevando en un carro la cruz en una caja de madera hecha para la ocasión, un cofrecito con las reliquias que le había donado en Roma el papa Urbano VIII, y la citada reja para su convento. Dejaba en Madrid la veneración

---

<sup>43</sup> Publica la carta, fechada el 22 de agosto de 1646, P.M. Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz...», pp. 195-196.

<sup>44</sup> Herrera, «Reseña biográfica...», p. 187.

<sup>45</sup> Fray Luis Muñoz era hermano de Sebastián Muñoz Suárez, y fue quien proporcionó a éste buena parte de la información recogida en su libro, como señalamos al comienzo de nuestro artículo. Por otro lado, vista la pasión de los fieles por las reliquias —de la que aún tendremos evidencias— queda perfectamente justificada la conveniencia de esta guarnición para la cruz (véase ilustración 7).

<sup>46</sup> Así lo comunica fray Francisco desde La Alberca al padre Lezana en la carta de 22 de agosto de 1646 antes citada (Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz...», pp. 195-196).

de los fieles tanto por su proeza viajera como por los muchos prodigios que se le atribuían (MS 195-204). Cuando llegaron a la villa, y en cuanto entraron en ella, «se convocaron los vecinos unos a otros a voces altas, dándose el parabién de su venida; de suerte que cuando llegaron al convento ya estaba todo el lugar con él, con una alegría tan universal como si a cada uno de lejas tierras le hubiera venido su padre», escribe Muñoz Suárez, quien apostilla: «y así fue, porque él lo era de todos» (MS 206). Se postró ante fray Juan de Herrera, ahora prior del convento, y acordaron colocar la cruz en el altar mayor.



7. La cruz de la peregrinación de fray Francisco, tal como se conserva en la actualidad en el convento de Santa Ana de La Alberca de Zánacara

(Foto E. Gutiérrez)

## 5. Últimos años

Reintegrado al convento, y a pesar de su enfermedad, volvió a sus obligaciones anteriores, y especialmente a su constante oración y mortificación:

Era tanta la asistencia a la oración en el coro y en la iglesia y en otros sitios retirados, que no había menester celda, porque todo el tiempo que le dejaba la obligación conven-

tual le gastaba en ellos, y el reparo que tomaba con el sueño era o en la sacristía o en la iglesia; y parecería esto exageración si no constara por el desapropio que hizo para morir [...]. Sus penitencias y mortificaciones eran con más exceso (si en servir y agradar a Nuestro Señor le puede haber) que antes que fuera a Jerusalén.

De noche andaba por el convento con diferentes penitencias, y la principal era disciplinarse tan rigurosamente, con el reconocimiento de que castigaba a un enemigo [el demonio], que corría sangre de su cuerpo de suerte que bañaba las paredes y el suelo; y aunque ponía todo su cuidado en lavar las señales que quedaban, nunca se podían encubrir del todo, y algunas veces el mismo encubrirlas lo declaraba.

Volviose a poner el silicio ['cilicio'] de hierro; y como ya era menor la resistencia, era más vehemente el sentimiento; ¡qué mucho, si todo él estaba hecho una llaga! (MS 209-210).

Intentando que aminorase sus penitencias, fray Juan de Herrera le envió como antes a pedir limosna a los pueblos cercanos, pensando que así tendría menos tiempo para darse a la mortificación. Así lo hizo, «y si había sido en todos [los lugares] querido y respetado, ahora lo era mucho más, por la santidad que siempre reverenciaban en él, por las aclamaciones que en toda aquella tierra hacían a la santa cruz, y por haber conseguido un fin tan sin ejemplar» (MS 213).

Muñoz Suárez da cuenta de varios hechos prodigiosos supuestamente sucedidos en este tiempo en Tembleque, Villar de la Encina y Quero, incluida una experiencia mística en la que no nos detendremos (MS 216). Su actividad por entonces es incesante, haciendo honor a su condición de religioso de vida activa, y volcado en pedir limosna, levantar altares de la fe y fundar vías sacras. A finales de junio de 1647 es enviado al Castillo de Garcimuñoz a pedir la limosna del aceite, y a San Clemente a la de la lana y el queso. Aquí, y en casa de doña Ana de la Torre, le sobrevendrá una fiebre mortal que el médico no podrá atajar; se da parte al convento y el día 4 acude el prior fray Juan de Herrera, al que le dicta su desapropio, esto es, el documento que le desposee del dominio sobre los bienes propios, o mejor, los que tenía en uso (*ad usum*).

#### DESAPROPIO E INVENTARIO DE LOS BIENES *AD USUM* DE FRAY FRANCISCO DE LA CRUZ

Muy reverendo padre prior:

Fray Francisco de la Cruz, conventual del convento de Santa Ana de la villa de la Alberca y al presente asistente en esta villa de San Clemente con licencia de vuestra paternidad para pedir la limosna de lana y queso; estando atacado de la enfermedad que Nuestro Señor ha sido servido de darme, y habiendo mandado el médico corporal que reciba los Sacramentos; antes de recibirlos, deseando cumplir la obligación de religioso:

En el nombre de Dios Todopoderoso, me desapropio de todo aquello que tengo *ad usum*, que es lo siguiente:

Primeramente, dos túnicas viejas interiores, de estameña blanca; el hábito que traigo, saya, escapulario, capilla y la capa blanca de estameña, ya traída [*sic*, por *raída*]; unos

zapatos que traigo; unas medias de paño y un rosario que está tocado a los Santos Lugares; un sombrero viejo. No hallo tener ni poseer *ad usum* otra cosa, y así lo firmo. Julio 4 de 1647.

FRAY FRANCISCO DE LA CRUZ (MS 233-234).<sup>47</sup>

Tras esta diligencia, el prior le confesó y administró los Santos Sacramentos. Pasó «en celestiales meditaciones y coloquios divinos» (MS 234) hasta el día 6, en que, cuando fray Juan le recitaba el salmo 22: *Dominus vegit me*, al llegar al verso cuarto: *Non, et si ambulavero in medio umbra, mortis non timebo mala, quoniam tu mecum est*, entregó su espíritu a Dios. Tenía —cuenta Muñoz Suárez— 61 años, 5 meses y 10 días.

Enterados los sanclementinos de la agonía y muerte de fray Francisco, el dolor, el deseo de verle y la devoción fueron generales. Una vez más, los fieles quisieron hacerse con alguna reliquia suya, y así «empezaron a cortar de sus hábitos, y esto llegó a tal extremo, que fue menester que la justicia pusiese guardas en la casa» (MS 236). Además, las gentes se resistían a que su cuerpo fuese trasladado, hasta que la autoridad de un inquisidor de Cuenca, que se hallaba en la villa, consiguió, no sin protestas de la multitud, que el cadáver se llevase a su convento de La Alberca.<sup>48</sup> Con todo, el pueblo entero siguió al cortejo más de un cuarto de legua, «y para estorbarles el que no fuesen hasta La Alberca, fue menester repartirles en pedazos muy pequeños los hábitos del santo varón, y de esta suerte se volvieron a sus casas» (MS 237). En palabras de fray Juan de Herrera:

Fue tanto el concurso de gente que allí acudió, que dos hábitos le cortaron a pedazos, tocaban rosarios a su cuerpo, besábanle manos y pies, y todo el pueblo lágrimas y suspiros [*sic*]. Y para habérmelo de traer a este mi convento se vencieron muchas dificultades y con esfuerzo, alegando debía quedar el cuerpo en aquella villa, pues a ella le había llevado Dios a morir. Trájemele, no obstante, y puse debajo de las santas reliquias dichas [las que fray Francisco había recibido en Roma], esperando que la Iglesia nuestra madre nos declare más su santidad de vida y de colocación sagrada.<sup>49</sup>

<sup>47</sup> No hará falta subrayar hasta qué límite lleva fray Francisco su extrema pobreza, culminando así su proceso de identificación con Cristo, tras haber cargado con su cruz durante varios años por medio mundo.

<sup>48</sup> Antes, sin embargo, Muñoz Suárez da cuenta de un episodio que sin duda hoy nos parece más macabro que devoto, que copiaremos aquí: «Entretanto, D. Juan de la Torre y Alarcón, comisario del Santo Oficio, hermano de la dicha doña Ana de la Torre, que se halló a todo en aquella casa, dijo a un sobrino suyo: *Rigurosa cosa es que teniendo aquí el cuerpo de fray Francisco nos quedemos sin alguna reliquia suya, habiendo sido esta casa su hospicio tantos años y habiendo muerto en ella*. Conque el tío y el sobrino le cortaron un dedo del pie, y al cortarle corrió sangre, como si aquella diligencia se hubiera hecho estando vivo, y le dividieron entre los dos por reliquias muy preciosas que hoy se conservan en aquella familia con estimación y reverencia» (MS 236).

<sup>49</sup> Herrera, «Reseña biográfica...», p. 189.



El sentimiento por su muerte fue general en toda la Mancha, y grande el concurso a las honras fúnebres que se hicieron tanto en el convento de La Alberca como en el de Madrid. Muñoz Suárez da cuenta de diversas curaciones hechas por entonces invocando el nombre del carmelita moracho, así como de varias apariciones suyas, algunas de ellas narradas con todo lujo de detalles (MS 237-247).<sup>50</sup>

De fecha desconocida, pero que muy probablemente deba situarse en los postreros años de su vida, nos dejó fray Francisco un valioso poema en octavas reales, en la línea barroca del conceptismo más apretado y artificioso, «desembozando —escribe Muñoz Suárez— una habilidad y propiedad ignorada de la misma naturaleza, con armonía y consonancia puntual en el arte» (MS 211). Por su parte, no exagera Garrido al considerarlo «el compendio de su vida y de su espiritualidad, toda centrada en el amor de la cruz de Cristo». <sup>51</sup> Dice así:

En cruz Cristo murió crucificado  
para que yo en mi cruz su cruz siguiese;  
la cruz le hizo glorioso, y yo, cruzado,  
imitaré su cruz si en cruz muriese;  
dichosa es ya mi cruz, pues la ha abrazado  
su cruz para que yo su cruz sintiese;  
sigue la cruz, que en cruz que es tan süave  
llevar la cruz con cruz no se hace grave.

Ya no pesa la cruz, que es cruz ligera  
después que en cruz se levantó el más justo;  
abrázate a la cruz y considera  
que no pesa la cruz sino al injusto;  
el premio de la cruz en cruz espera  
si con su cruz tu cruz llevas con gusto;  
pues después que en la cruz venció al pecado  
el yugo de la cruz ya no es pesado.

<sup>50</sup> De hecho, la fama de que fray Francisco había sido protagonista, o intermediario divino, de episodios prodigiosos o milagrosos a lo largo de buena parte de su vida era indudable, como lo prueba la «Introducción a la relación de los favores que había recibido del Señor, escrita por orden de su confesor el P.M. Fr. Vincenzo Giusti», autógrafa, fechada en Roma en mayo de 1643 (en Garrido, «En torno a fray Francisco de la Cruz...», pp. 190-192). En ella fray Francisco alude a otras semejantes que le habían ordenado antes fray Juan de Herrera en 1633, fray Antonio Pérez en 1635 y 1637, otra vez Herrera en 1642, fray Juan Bautista de Lezana en 1643 y fray León Bonfiglio en 1645. El propio Muñoz Suárez anota que «siempre los prelados y confesores le pusieron precepto de que escribiese su vida y los favores que recibía del cielo; y como era tan humilde y obediente, [...] las misericordias que recibió del Señor están en apuntamientos, y en algunos aun no acabadas de declarar las dicciones, sino unos conceptos puestos en minuta, en que se reconoce la repugnancia de él natural para lo que pudiera ser de gloria suya» (MS 228-229).

<sup>51</sup> Garrido, «Un pellegrino della croce...», p. 249.

El que sin esta cruz llegar se atreve,  
al triunfo de la cruz ciego camina,  
que es estrella la cruz que al alma mueve,  
y siguiendo esta cruz, va peregrina  
tu cruz, porque el camino es breve;  
merece con la fe su cruz divina,  
que el premio que por cruz se da al cristiano,  
si se ciñe, a la cruz tiene en la mano.

No temas con la cruz, tu pecho inflama;  
camina al cielo en cruz, corre la posta;  
no pierdas la ocasión, la cruz te llama,  
aunque es la senda de la cruz angosta;  
goza los bienes que la cruz derrama  
ganados en la cruz con tanta costa;  
que, viéndote con cruz Dios en su gloria,  
no tendrá de su cruz tanta memoria (MS 211-212).

## 6. Final

Llegados aquí, no caben dudas acerca de la extraordinaria importancia de la figura y la obra de fray Francisco, que queremos evaluar brevemente.

34

Desde el punto de vista religioso, su celo incansable en la exaltación y propagación de la fe no solo encierra un valor evidente en la época de las llamadas guerras de religión derivadas de la división de la cristiandad tras la reforma protestante, sino que otorga un protagonismo histórico fundamental a este humildísimo lego: «Era como una llamada al asalto —escribe Garrido a propósito de su peregrinación—, enarbolando el estandarte de la fe ante todos los cristianos de su tiempo para que, uniéndose todos en la confesión de esta misma fe, pusieran fin a sus odios, discordias y divisiones».<sup>52</sup>

Se trata de una empresa única en la historia de la Iglesia, pero, más aún, de un logro humano incomparable: el de alguien que, sin más armas que la entrega y la renuncia, se levanta desde la pobreza y la ignorancia hasta salir vencedor, como un nuevo Quijote, de una empresa quimérica que él mismo se ha fijado.

---

<sup>52</sup> Garrido, «Un pellegrino della croce...», p. 248, quien añade que la aventura del carmelita moracho se nutre del clima de espiritualidad *pasionista* que algunos años antes había creado en torno suyo fray Miguel de la Fuente, del que fray Francisco, como se dijo, fue discípulo indirecto a través de fray Juan de Herrera. Y así, en su inaudita peregrinación aunará dos de los focos principales de la piedad cristiana fundados en la Pasión de Cristo y ligados a la orden del Carmelo (nacida precisamente en Palestina a comienzos del siglo XIII): la veneración de los Santos Lugares y la devoción de la cruz.

Este es el personaje y esta es su hazaña. Ha llegado el tiempo de que Mora y los morachos recordemos y honremos a fray Francisco de la Cruz como uno de los más grandes hombres que ha dado nuestra villa a lo largo de la historia.

## 7. Bibliografía

### 7.1. Libros, artículos y manuscritos

MUÑOZ SUÁREZ, Sebastián, [\*Vida del Venerable Siervo de Dios Fr. Francisco de la Cruz, religioso de vida activa del Orden de N. Señora del Carmen...\*](#), Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1667. (Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid: signatura BH FLL 8718. Ejemplar digitalizado en [Google Books](#).)

— Adicionada por... Marcelino Fernández de Quirós..., Madrid, Imprenta Real, 1688 (Biblioteca Nacional: signatura 2/54969). De esta edición existen las siguientes reediciones:

— Madrid, M.F. Rodríguez, 1749 (Biblioteca Nacional: signatura 2/12666).

— Madrid, Imp. de Pantaleón Aznar, 1768 (Biblioteca de Andalucía: signatura ANT-XVIII-252).

— Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1898 (Biblioteca Nacional: signatura 2/7734).

— Cuenca, Diputación Provincial, 1998 (Edición facsimilar de la anterior. Ha sido digitalizada por José María Martínez Martínez para la [web de La Alberca de Záncara](#), a la que puede accederse desde [Memoria de Mora](#)).

[\*Relación del buen viaje del Venerable fray Francisco de la Cruz Carmelita Español, y de la visión que vido en Tolosa, y de los milagros que á echo en lo bajo de la Lengadoca\*](#). Manuscrito del siglo XVIII, pp. 77-79 (Biblioteca Nacional: signatura MSS/11137. Digitalizado en la [Biblioteca Digital Hispánica](#)).

FLORENCIO DEL NIÑO JESÚS, *El Monte Carmelo. Tradiciones e historia de la Santa Montaña, de la Virgen del Carmen y de la Orden Carmelitana a través de los monumentos y documentos*, Madrid, Mensajero de Santa Teresa, 1924, pp. 349-350.

COUTO, Gabriel, «Un pellegrinaggio alla Terra Santa: Fr. Francesco de la Croce (1585-1645)», *Il Monte Carmelo*, 30 (1945), pp. 78-82 y 91-96.

BESALDUCH, Simón María, *Flos Sanctorum del Carmelo. Cien vidas selectas de santos, beatos, venerables y siervos de Dios carmelitas*, Barcelona, Luis Gili, 1951, pp. 613-621.

GARRIDO, Pablo María, «Un pellegrino della croce nel sec. XVII: Frate Francisco de la Cruz, carmelitano (1585-1647)», *La Sapienza della Croce oggi. Atti del Congresso Internazionale. Roma, 13-18 ottobre 1975*, Leuman-Torino, Elle di Ci, 1976, 3 vols. Vol. II, pp. 239-250.

- «La Congregación de Esclavos de la Santa Fe y sus constituciones escritas por su fundador Fr. Francisco de la Cruz, O. Carm. (1585-1647)», *Carmelus*, 24 (1977), pp. 127-166.
  - «En torno a fray Francisco de la Cruz (1585-1647): escritos inéditos y documentos relativos al mismo», *Carmelus*, 31 (1984), pp. 171-208.
  - «Una aventura 'a lo divino' en el siglo XVII: la peregrinación al Monte Carmelo y Tierra Santa de fray Francisco de la Cruz, O. Carm. (1585-1647)», *Monte Carmelo*, 96.2 (1988), pp. 301-323.
- VELASCO BAYÓN, Balbino, *Historia del Carmelo español, III. Provincias de Castilla y Andalucía. 1563-1835*, Roma, Institutum Carmelitanum, 1994, pp. 202-204 y 235-236.

## 7.2. Recursos electrónicos

[http://www.decuenciaasantiago.org/marchas/del2001/m\\_frayfranciscodelacruz.htm](http://www.decuenciaasantiago.org/marchas/del2001/m_frayfranciscodelacruz.htm)

(«Camino de fray Francisco de la Cruz»).

<http://alberca.cuencamagica.com/FranciscodelaCruz.php>

(*Vida del venerable siervo de Dios fray Francisco de la Cruz...*, por el licenciado don Sebastián Muñoz Suárez).

[http://www.mercaba.org/Colaboraciones/virtudes\\_heroicas\\_y\\_cristianas.htm](http://www.mercaba.org/Colaboraciones/virtudes_heroicas_y_cristianas.htm)

(«Virtudes heroicas y cristianas del Venerable Siervo de Dios Fray Francisco de la Cruz»).